

LA AURORA

REVISTA MENSUAL DE LITERATURA.

BAJO LA DIRECCION DE JOSE ANTONIO TAVOLARA

LITERATURA.

LAZARO.

POEMA DE RICARDO GUTIERREZ.

Dijome ayer doña Rosa,
Que su sobrino Vicente,
Escribe divinamente,
Lo mismo en verso que en prosa.

Uno de nuestros amigos, entusiasta admirador de nuestro hermoso cielo, nos preguntaba un día si, en estas playas, habia aun quien creyera en la poesía:

—Mientras haya entre nosotros, contestámosle, dolores que aliviar, heridas que curar, esperanzas que mantener, triunfos pasados que celebrar... mientras haya en ambas orillas del Plata, un pueblo que se agita, que llora, se estremece, sueña y desea vivir,—la poesía no habrá cumplido aun su misión, ni llenado su tarea... Los astros, la mar, los cerros, el río, las islas, las riberas, los montes, las Pampas, el Chaco, las quintas, etc., siempre hallarán quien los cante...

¿Teníamos razón?

Tiempo hace que en la república literaria es conocido el nombre del joven poeta RICARDO GUTIERREZ.

Mucho bien hemos oído decir de sus poesías, y, cosa rara, sus cofrades han sido, unánimes en los elogios que le tributaron.

Era justicia, es verdad, pero justicia es moneda poco corriente entre los obreros del pensamiento.

Triste es decirlo, pero siempre es aplicable aquel adagio:

« No hay peor cuña que la del mismo palo. »

Desde sus primeros pasos, ha alcanzado una elevación de ideas y una fuerza de estilo que sorprenden; sobresale en las descripciones, que encantan y seducen, á la vez que domina en sus versos sencilla gracia.

El éxito ha coronado hasta hoy sus ensayos.

¿Quiérese un indicio más cierto de lo privilegiada que es su inteligencia?

Nosotros no conocemos á Ricardo Gutierrez, pero hemos leído algunas de sus producciones, y desde luego le dedicamos nuestras simpatías.

Admítalas él por lo que valen.

Así pues nos será más fácil dar nuestra opinión sincera sobre su último trabajo, porque sabremos hacer abstracción del hombre.

Con placer, hemos recorrido su *Lázaro*.

Notamos sobre todo la originalidad, cualidad poco común hoy en día.

Grandeza de pensamiento, nobleza en el verso, y, lo que no desdora el cuadro, imágenes frescas, bonitos detalles; todo abunda en ese poema.

Para citar, con solo abrir el libro al acaso, hallamos pasajes como estos:

¿Quién es el que impasible y descansado
contra el pilar del ángulo sombrío,
no toma parte en el festín brindado
ni se mezcla á la turba del gentío?
Solo y distante, mudo y concentrado,
de allí contempla, impenetrable y frío,
el voluptuoso círculo de vida
que en placer rueda y al placer coevida.

Es arrogante y varonil su traza
en la inmovilidad de su apostura;
la raza de los nobles no es su raza,
pero es noble y gallarda su figura:
porte que no envilece ni disfraza
la rara y desenvuelta vestidura
que lleva con descuido soberano
el intrépido gaucho americano.

Bajo el sombrero que inclinó á la frente
nublado de las luces el destello
y en redor de la barba que naciente
sombrea apenas el altivo cuello,
reposa sobre el hombro negligente
en separados rizados su cabello
que cierra en blondo círculo ondeante
el óvalo gentil de su semblante.

Ciñe con abandono y galanura
los pliegues de su ancha camiseta,
el tirador que envuelve á la cintura,
sobre cada puntada una peseta;
y el puñal de luciente engastadura
de la mano al alcance atrás sujeta
que sobre el talle con desdén cruzado
asoma de un costado á otro costado.

La manta de vicuña recogida
bajo aquel aro de cambiante brillo,
del *chiripá* en los pliegues compartida
se envuelve en el cribado calzoncillo:
el *poncho* leve que arrolló y descuida
cuelga en la empuñadura del cuchillo,

Y los caireles de su fleco baja,
De la lujosa espuela á la rodaja.
No es el gauchó insolente de la pampa
que de la noble sociedad se aleja
y donde el rastro de su petro estampa
si no deja rencor desprecio deja;
no es el rudo salvaje que se empampa
ante las maravillas que refleja
de golpe el cuadro que asombró su mente
y esclava allí del esplendor la siente.

Nó; lleva él las prendas de aquel trage
que destaca del muro sus colores,
con toda la arrogancia del salvaje
y aquella magestad de los señores;
y es único padron de su linage
el sello de los seres superiores
que en el primer relámpago adivina
el ojo observador que le examina.

De su mirada en el fulgor sombrío
hay la intensa quietud de un pensamiento,
hondo como el desmayo del hastío,
fijo como fatal remordimiento;
rastro indeleble del afán impío
ó del triste y profundo sentimiento
que en muda paz ó en tenebrosa calma
habita lo mas íntimo de su alma.

¡Y la elocuente *trova* que el protagonista del poema improvisa en presencia de su *ángel bendecido!*

Preludia la guitarra, y de su enamorado pecho arranca estos inspirados versos:

El hondo pesar que siento
y ya el alma me desgarrar,
solloza en esta guitarra
y está llorando en mi acento;
como es mi propio tormento
fuente de mi inspiracion,
cada pié de la cancion
lleva del alma un pedazo,
y en cada nota que enlace
se me arranca el corazon.

Te ví, y aunque no sentiste,
en mi soledad te amé
con esa profunda fé
que hay solo en un alma triste:
tú en un palacio naciste,
yo en un desierto nació
y aunque en el alma sentí
fuerzas para alzar me al cielo,
el hombre cortó mi vuelo
y hasta el infierno caí.

La estrella de mi destino
—¡no importa!— un rayo lanzaba
que á disipar alcanzaba
las brumas de mi camino:

ya ese rayo mortecino
para siempre se apagó,
y solo á alumbrar sirvió
esta eterna noche impia
en que en tu alma la mia
tambien el desprecio halló.

Como fiera perseguida
piso una senda de abrojos,
sin sueño para mis ojos
ni venda para mi herida,
sin descanso ni guarida,
ni esperanza ni piedad,
y en íntima soledad
á mi dolor amarrado
voy á la muerte arrastrado
por mi propia tempestad.

El cielo me ha maldecido,
el mundo me ha despreciado;
¡donde, sin verme acosado,
sentaré el pié dolorido!
no hay recuerdo, no hay olvido
para engañar mi aficcion,
solo hay desesperacion
para mí en el mundo ageno:
¡yo mismo huyo de horror lleno
de mi propio corazon!

No dudamos que ese trozo será el preferido de todos los lectores.

¿Dónde mayor gracia que en este bonito retrato de la mujer?
Léase:

Es la mujer un querubin del cielo
en la aureola del amor caída,
para abrir en el páramo del suelo
el germen misterioso de la vida:
ángel de caridad y de consuelo,
de abnegacion sublime poseida
vá junto al lecho del mortal velando,
la vida hasta la muerte acariciando.

¡Oh! ¡qué sensible y dolorosa herida
curar no puede su piadosa mano!
¡qué pena el alma llevará escondida
que no consuele su fervor cristiano!
¡á qué ser, á que idea engrandecida
no abre su noble corazon humano,
ni qué felicidad ó desventura
no halla una bendicion en su alma pura!

¡Una muger!—tesoro inestimable
que el mundo ingrato á valorar no alcanza,
manantial de cariño inagotable,
de piedad, de nobleza y confianza:
¡ella, sobre la tierra deleznable
es misterioso faro de esperanza
que con suave resplandor divino
de otro mundo mejor muestra el camino!

Ella madre, ella hija y ella amiga,
de amor y siempre amor forma su esencia;
ella en su seno generoso abriga
el germen inmortal de la existencia:
la dicha ahonda y el dolor mitiga
porque es alma del mundo y providencia,
y manda el corazon, manda la mente,
fuente de inspiracion, de fuerza fuente.

Ella no dá en su espíritu guarida
á la sed de la gloria y la fortuna,
esas dos solas rutas de la vida
que no deja de hollar planta ninguna;
ella, si una corona suspendida
soñó bajo los rayos de la luna,
y la alzó al despertar, fué solamente
para adornar la sien de agena frente.

Ella desvia la inocente planta
del centro de las ráfagas del mundo,
de donde al hombre misero no espanta
de las pasiones el aspecto inmundo;
donde puñal contra puñal levanta
él—y sobre el hermano moribundo
alza entre sangre y lágrimas y escoria
el sacrilego canto de la victoria.

Ella, desde los mágicos fulgores
del alba del Eden perdida y bella,
del nacer al morir riega con flores
de la cansada humanidad la huella;
y en cambio ¡ahl! cadenas y dolores
el mundo nada mas le guardó á ella,
sin quebrantar su fé, su fé que gimo
en silenciosa abnegacion sublime.

Ella, corriendo el mundo zona á zona,
eterno campo de batalla horrenda,
al rastro de la muerte se abandona
donde el rujido del dolor se entienda:
laalzada frente al vencedor corona,
la hundida frente del vencido venda,
que se basta en su amor desconocido
ángel del vencedor y del vencido.

Ella en el alma del poeta canta,
del artista en el alma y del guerrero,
y del sábio el espíritu levanta
y el brazo del humilde jornalero;
del niño el primer sol riendo encanta
y encanta del anciano el sol postrero,
porque del cielo para amar caída
es el ángel de guarda de la vida.

La pureza, la paz y el sentimiento
velan entre su alma candorosa
y allí del mundo el corrompido aliento
desvanecen con ala presurosa;
y ella en su manso, íntimo aislamiento,
se expande en otra vida silenciosa,

vida de amor eterno bendecido
que es un reflejo del Eden perdido.

¡Una mujer!—feliz el que en la vida
el alma de ella á comprender alcanza
y sabe abrir la senda florecida
que al cielo extraño de su mundo avanza;
cielo de beatitud desconocida
donde por fin reposa la esperanza,
arrullada en la gloria del presente
sin que otro cielo tramontar intente!

Basta de citas.

Al lado de esas bellezas de primer orden que resplandecen á cada página, por cierto que si, como Diógenes nos armáramos de una linterna para buscar un hombre, podríamos dar con algunas faltas de detalle, algun verso incorrecto ó disonante, alguna estrofa poco poética, y á veces demasiado licencia,—pero no lo haríamos de eso un reproche, porque para nosotros no es poeta tan solo aquel que sabe amontonar versos sobre versos.

No recordamos quien, pero alguien ha dicho:

« Para asegurar á un hombre una gloria, una gloria inmortal, bastaría por año un lindo verso, y, con mucha mas razon, « por año una sola idea: ¡sí, una sola idea luminosa, útil, que « tuviese algun alcance! »

Batimos pues palmas, y le decimos al autor de *Lázaro*:
¡Confianza, ánimo y esperanza!

Concluirémos transcribiendo el juicio que uno de los redactores de la *Tribuna* ha hecho sobre el poema de que acabamos de ocuparnos.

El viene á corroborar nuestra pobre opinion.

Hélo aquí:

« LÁZARO.

« La falta de tiempo nos ha impedido hasta aquí llamar la atencion sobre el bellísimo Poema que con el título que encabezamos estas líneas ha publicado el inteligente jóven Ricardo Gutierrez.

« El poeta ha estado verdaderamente inspirado al trazar ese cuadro, lleno de novedad y de interés.

« Su conjunto es hermoso, y en los detalles se encuentran estrofas de primer orden.

« La introduccion de los dos primeros cantos, la del segundo sobre todo, destinada al retrato de la mujer, bastan por sí solos para revelar hasta donde ha sido pródiga la naturaleza con el jóven poeta.

« Grande es el porvenir de Ricardo Gutierrez en la literatura americana, si él no abandona la poesia.

« Si de algo vale la palabra de un amigo que le estima, nosotros aconsejaríamos al inspirado autor de *Lázaro*, que ocupe siempre sus momentos perdidos en regalarnos trozos de literatura como su último Poema.

« Al felicitarlo sinceramente por él, recomendamos á todos su lectura.

CAMILO.

LA INOCENCIA Y EL CRIMEN.

I.

La inocencia es blanca y pura, como el celage niveo del azul firmamento.

Serena y descuidada, como el cisne que va sobre las ondas, á pesar de la tormenta que amenaza.

Alegre y cariñosa, como la sílfide que atraviesa los bosques, exhalando armonías y estremeciendo el follaje con sus besos.

Delicada y trasparente, como el cristal que empañá el hábito; radiante y divina, como la luz purísima del alba.

La inocencia es el éxtasis dulcísimo del sentimiento y de la idea, la cualidad mas bella de nuestra alma, y el estado del hombre que mas se acerca á la felicidad suprema.

Es una luz hermosa que arde en el corazón sin destruirlo, como la luz del sol arde en el firmamento sin quemarlo, irradiando constante hasta que las nubes de la tempestad no la oscurecen, ó las nieblas de la noche no la eclipsan.

Apasible, como la linfa silenciosa que sonríe á los céfros suaves, y que ignora los ímpetus del noto y los bramidos salvajes del oceano; inadvertida, como la tierna alondra que canta sus amores, sin mirar que á dos pasos le tiende el cazador las redes ó la acecha el halcon para devorarla.

La inocencia es cándida y sencilla; es una jóven risueña, vestida de blanco y coronada de flores, personificada en Eva antes de ser tentada por el maligno espíritu; en Suzana, sorprendida por la hipocresía y acusada por el crimen; en Maria elejida por Dios, para que el verbo divino encarnára en su seno immaculado.

La inocencia es una vírgen afable y pacífica: su pensamiento tiene alas de mariposa, y su corazón es blando como la cera.

Despierta, mira con éxtasis los arboles del cielo, oye con embeleso la armonía de los bosques y sonríe á su propia imágen retratada en el límpido espejo de las aguas.

Dormida cree en las ilusiones, habla con los ángeles del cielo y vuela con ellos á las altas regiones de la virtud y de la gloria.

En todo estado es serena y en todo estado es feliz: como ignora el crimen, reina en su corazón la paz—y la paz de la conciencia es la felicidad.

Hay dos clases de inocencia: la de la ignorancia y la de la ciencia. La primera es la del niño, y la mata el vicio; la segunda es la del hombre y la forma la virtud. La inocencia del que ignora el mal, es sencilla; la inocencia del que conoce el mal y practica el bien, es heroica.

Es bello ver á una jóven escribiendo su nombre en la arena ó contando los astros del cielo: es sublime ver á la misma contentiendo á un seductor, ó pidiendo á Dios fortaleza para sostenerse á sí misma. Es natural ver á un niño jugar con monedas de oro, sin que le inspiren la menor codicia; pero es sorprendente ver jugar con él á un miserable, sin que piense en hurtárselas. No admira que el bueno perdone una ofensa, pero asombra que el malo perdone á su enemigo.

Dichosos los que poseen la flor de la inocencia sin que las malas pasiones la hayan combatido; y mas dichosos aun, los que la conservan á despecho de las tentativas del crimen—porque estos son fuertes en la virtud.

El mayor enemigo del hombre, es el hombre mismo—El que domine sus pasiones, el que modere sus deseos, el que triunfe del yo—ese será el mas grande de los héroes.

II.

El crimen es hijo de la maldad: su aspecto es sombrío, su lengua envenenada y su palabra traidora.

Tentador como la sierpe del eden perdido atrae con astucia y seduce con habilidad; traidor como Judas, vende al amigo y clava el puñal del asesino, en el corazón del hombre que ha saludado con el ósculo de paz.

El crimen se alimenta con el mal ageno: si hurta, divierte su mirada diabólica por el lúgubre cuadro de la miseria; si mata, contempla con infernal sonrisa el exánime cadáver de su víctima. Su deseo es el mal, y su deleite el ¡ay! del infortunio.

El bien es su enemigo: abriga contra él los mas negros proyectos del abismo. Lo acecha como el tigre al viagero; lo asalta y lo devora, como el lobo hambriento á la primera presa del rebaño.

El egoismo y la envidia, el odio y la venganza, el despotismo y la tiranía son los atributos del crimen. La inocencia es su víctima: allí donde esta mora, allí aparece su fatídica sombra, como anuncio de muerte para el placer y la paz y la felicidad.

El crimen reina en la religion, en la política, en el hogar doméstico y en el corazón de los pueblos. Activo y desalmado, ora brinda veneno en copa de oro, ora tiende las redes de la intriga, ora lleva á los buenos la discordia, ora se cubre con la máscara de la hipocresía, é invoca los dogmas del cielo, para cumplir los designios del infierno.

El crimen tiene prosélitos por la propension que hay en los hombres hácia él, por la impunidad en que queda las mas veces, y principalmente, porque los gefes de la familia, del culto y del estado, suelen ser los mas grandes criminales—y con su inmoral ejemplo, arrastran por sus mismas huellas á los ignorantes y á los malvados.

El criminal huye de la luz y busca las tinieblas: su paso es vacilante, su mirada torva, su ceño adusto, su mano armada y su corazón sobresaltado. Lleva en la frente el sello de la ignominia, en los labios la maldición del infierno, y en el alma la furia de la desesperación!

El criminal es el ser mas desgraciado y el mas digno de compasión. Despierto tiene presente el catálogo de sus crímenes; dormido teme que lo sorprenda la justicia. Vive en la agitación y muere en la amargura. Si escapa á la justicia humana, cae en poder de la divina.

Hay dos clases de crimen: el crimen como causa y el crimen como efecto. El crimen como causa, es el poder que impele á ejecutarlo; el crimen como efecto, es el acto criminal. Los tiranos son causas y sus verdugos efectos:—Juego los tiranos son mas criminales que sus verdugos.

Así como la inocencia debe ser absuelta, así el crimen debe ser castigado. Todas las penas impuestas á los reos pueden ser aceptadas, menos la pena de muerte. La pena de muerte es inmoral y bárbara, porque solo Dios dá la vida y solo él puede quitarla; porque matar al asesino es cometer un nuevo asesinato, porque la justicia y la venganza se excluyen, porque al lado de la desgracia debe estar la caridad!

Los criminales son los hijos de la barbarie diseminados por

nuestra sociedad. Que se eduquen las masas en el orden y el progreso, que desaparezca el despotismo y la anarquía de los estados, que brille la verdadera luz en los altares, en una palabra—que reine la civilización en las naciones—y habrá menos criminales en el mundo.

Pero mientras la política sea el arte de escalar el poder y someter á los pueblos y hundirlos en la miseria; mientras la religion tenga por norte dominar los espíritus, atentar contra la libertad y fanatizar á los pueblos; mientras la sociedad sea un monstruo que devore á sus propios miembros, como Saturno devoraba á sus propios hijos, la frágil góndola de la inocencia naufragará en el mar de las pasiones, y el Merrimac tremendo del crimen fluctuará triunfante sobre sus ondas!

III.

La inocencia es la plácida laguna que se absorbe en la contemplación de los astros, y el crimen el mar tempestuoso que amenaza tragar el firmamento.

La inocencia es la paloma tierna que cruza los bosques á la luz del alba, y vuelve á su nido con la brisa de la tarde; el crimen es el buho siniestro que permanece oculto durante el día, y cruza los espacios envuelto en las tinieblas de la noche.

La inocencia es el cristal y el crimen la mancha; la inocencia es la calma del espíritu y el crimen la tempestad de las pasiones—Entre la inocencia y el crimen hay la misma diferencia que entre la malva y el cardo, que entre la luz y la sombra, que entre la perla y el risco.

El inocente gusta el pan sabroso del trabajo, descansa de sus fatigas en los brazos del sueño, marcha con la cabeza erguida, espera en Dios y es feliz. El criminal vive muriendo: si come, lo envenena el alimento; si duerme, sueña con la justicia. A todas horas la atormentan los remordimientos: en cada objeto cree ver un fantasma, y en cada página su sentencia de muerte.

El crimen empieza por acciones leves y acaba por hechos horribles. En su origen es imperceptible, y en su apogeo colossal. El asesino dá primero un rasguño, clava despues una daga, y en seguida corta una cabeza. El ladron hurta ahora un peso, luego una onza, y mas tarde un tesoro. El tirano oprime hoy una familia, mañana un pueblo y pasado una nación.

Los padres deben reprimirlo en la niñez, con sus virtudes; los maestros en la juventud, con sus preceptos; y los gobiernos en los ciudadanos, con su ejemplo y su poder. La inmoralidad del hogar, de la Escuela y del Estado, es la causa de todos los vicios y de todos los crímenes que se cometen en la sociedad—y los que los autorizan son responsables de ellos, ante Dios y ante el mundo.

Si el crimen es feo y degradante en el hombre, mucho mas lo es en la muger. La amiga, la hermana, la madre del hombre; el ser mas bello y mas sensible de la naturaleza, el ángel de nuestros amores, la muger enfin, debe ser pura, virtuosa y perfecta en lo posible.

La muger influye en el bien ó en el mal temporal y eterno del hombre. Si las madres fueran siempre ilustradas y virtuosas, los hijos lo serian tambien—¡Que la educación salve á la muger de la corrupción y la ignorancia, y se salvará con ella el fruto de su vientre, y nacerán generaciones de orden y progreso!

El inocente es heroico: si la maldad lo calumnia, y la injusticia lo juzga, y la iniquidad lo condena; sereno vá á los tribu-

nales, valeroso se defiende, y resignado sufre la condenación humana. El criminal es cobarde: tiembla en presencia de sus jueces, desmaya al escuchar la terrible sentencia, ó arrobado por las furias, insulta á Dios y á los hombres.

Dichosos los mártires de la religion cristiana que sonriendo tranquilos y llenos de fe, morían adorados por las fieras; y dichosas tambien las victimas del fanatismo que con la conciencia tranquila, sufrían resignadas los tormentos y las hogueras de la bárbara y sangrienta inquisición!

Feliz quien á la hora de la muerte pueda decir á la humanidad con el Poeta:

« Madre, voy á morir, soy inocente. »

Feliz quien como Sócrates se despida del mundo, y beba sereno la mortal cicuta; y mas feliz que todos, el que habiendo vivido en el bien, muera perdonando á sus verdugos, y diciendo con Jesucristo:—*Pater in manus tuas commendo spiritum meum.*

LAURINDO LAPUENTE.

FRAGMENTOS DE UN POEMA.

(ESCRITO EN SAN ISIDRO EN 1848.)

Continuacion.

CANTO II.

Yo que he nacido poeta, y poeta soy,
Que no sé qué pensar de la poesía,
Que ayer amé lo que desprecio hoy,
Que siempre la bondad ha sido mia,
Y á todas mi cariño tierno doy:
¡Quién dijera, pardiez, que yo hoy habia
De manchar, por reir, con negras tintas
Las bellas artes en el país extintas!

¡Oh! soy cobarde, porque al fin y al caso
No hay nadie que aquí acepte el desafío,
Y yo que á veces de guapon me alabo,
[Mas no cual tú, mi buen Octavio mio]
Soy al hacer lo que hago un pollipavo,
Y al reirme por reir de lo que rio:
Porque prohiben las leyes la calumnia,
Y esa es gente ademas de noble alcurnia.

Siempre cruzé con sossegado paso
De la vida las sendas y barrancos,
En el reir y criticar escaso:
¡A qué diablos lanzarme en cuatro trancos
A maldiciente yo que soy bonazo,
Y que nunca camino sobre zancos,
Sino siempre con paso de poeta
Cual novillo tirando una carreta!

Es extraño, en verdad, que haya dormido
Mi musa mas de un año por su gusto,
Mas que un fraile, un sereno, ó un buen marido,
Al lado de su esposa sin disgusto;
Y que ahora venga con mirar torcido,
A mí, que de los justos soy el justo,

A hacerme maldecir de aquese modo,
Ese es impropio y digno de un beodo! beodo!

Y, á fé, Pedro y Octavio, que quisiera
Teneros á mi lado, y embriagaros,
Con un buen vino, olor de primavera,
Y cuando ya quisierais acostaros
Bajo el sofá, la mesa, ó la escalera,
A esas negras regiones convidaros,
Donde, por ser de mala educacion las sombras,
Hay osamentas en lugar de alfombras.

Allí evocára yo de mis recuerdos
Alguna que otra maldición sombría,
Pero mejor será que seamos cuerdos
Y que renuncie yo á la musa mia
Si vuelve á cometer mas desacuerdos,
Pues debe ser mi precursora guía,
Y no hacerme pegar los tropezones
Que me dió en esos lóbregos rincones.

A qué seguir con esa cantineña
Y con tanta sandez descaminada
Si cada cual á oirme se rebela
Cual yegua maliciosa á ser montada
Desde que oye el chirrido de la espuela;
Pero al hombre me acuerdo que le agrada
Que se le escuche con atento oido
Y no oír á su vez si no es oido.

Pasemos á otra cosa: el matrimonio
Quiero tomar al paso de juguete
Como se alza satírico el demonio
Algun viejo escribano del copete;
Y sin malbaratar mi patrimonio
Contemplar desde aqueste mi retrete
Esa vida doméstica, por Dios!
Que diez produce de tan solo dos.

No es que yo no comprenda la dulzura
Con que se oye llorar tanto chicuelo;
Y mirar tanta linda creatura
Revolcarse desnudos por el suelo.
No dejo de creer que es la ventura
Mayor que un padre pedirá del cielo,
Como tambien limpiarle cara y moco
Y al dia diez pañales si no es poco.

No es mi culpa si acaso digo algo
Que la moral del mundo debilite
Y poco ó nada por ahora valgo
Para que lo que digo se medite.
No es razon porque salgo como salgo
Ni palabrear el casamiento evite
Y siendo lo que digo lo que veo,
El echarme la culpa fuera feo.

Habrá por tí! mas bello disparate,
Augusto, contigo hablo, que el decirme
Feliz del hombre que su ser dilate,
Y en la vida doméstica se afirme;
Cual si fuera el feliz, el buen remate

Poner el pié sobre la tierra firme
Donde hay muchachos vitalicias cuentas,
Y celos ¡lo diré! con cornamentas!

¡Ay con qué rapidez se van los meses,
Cuando se dá la mano á la pareja,
Y cuan gracioso es recordar las veces
Que se asieron, amantes, por la reja
Y el largo trago que agotó las heces
El que apagó el amor que tibio deje
Y mas no arde en un invierno frio
Ni en el tirante abrazador estío!

Entonces á sus écos respondian,
El pecho se abrazaba con el pecho,
Y vibraciones mil se difundian,
Para aun mas estrechar su lazo estrecho,
Entonces balbuceaban y sonreian;
Hoy roncan con ronquido satisfecho,
Cual si fuera su objeto al enlazarse
En sonoros ronquidos acordarse!

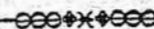
Si la mujer es jóven y él anciano
Hay que temer percances en la guerra;
Porque siempre se encuentra amiga mano
Que favorezca al prójimo en la tierra:
Y el triste viejo se creará lozano,
Se admirará de su facundia férrea
Viéndose el pobre de sospecha ageno
De ambiguos hijos y de cuernos lleno!

Y allá á la tumba bajará sombría,
Dejando á sus hijuelos sus doblones;
O acaso cuando meno desconfia
Oirá su nombre en tiendas, bodegones,
El hazme reir de todos que á porfia
Señalan con el dedo sus blasones
Y por honor entonces se suicida
Y á su bella mitad quita la vida!

Hay elegantes que casan hartos
De flor en flor volar en los jardines,
Esos por lo comun son los lagartos
Que pasan buena vida en los festines,
Dejan pegar á su mujer cien saltos
Mientras ellos aprietan serafines
De aquellos que enagenan en el teatro,
Lo que les diera Dios, á mas de cuatro.

Yo no sé si me esplico poco ó mucho
O si soy algo ingenuo en la materia,
Pero pobre de mí! yo no soy ducho
En aquesta experiencia deleteria;
Asi es, amigos, que aunque fuerte lucho,
Me he de vender como gitano en feria,
Y al fin habré de ver lo que no quiero
Que es lo que llaman ... ¡calla majadero!

.....
JUSTO MAESO.



FANTASIA LITERARIA.

I.

Figurémonos la creacion.

Figurémonos una noche del caos, en cuya inmensidad vagaban los elementos disueltos y aglutinados, como los metales heterojéneos en el crisol.

Figurémonos al espíritu inmortal, reuniéndolos, analizándolos, y modelando con ellos el Universo.

El espíritu inmortal necesitaba la luz.

Entre los elementos en disolucion, el fuego existía, rodando tambien en los espacios infinitos, en partículas solo perceptibles al ojo del espíritu.

Los procedimientos de que se valió el grande artista, nos son desconocidos, pero el hecho es, que á la imaginacion poética, se presentó la reunion de los átomos auríferos y el Sol resplandeció en el centro del sistema universal.

El efecto debió fascinar algo al Soberano,—pero, reponiéndose, su voluntad sancionó la ley natural, imprimiéndole los caractères que Volney esplicó:

« Primitiva, inmediata, universal, invariable, evidente, razonable, justa, pacífica, benéfica y la sola suficiente. »

Sancionada la ley, empezó á funcionar.

Las eternas leyes de la fisica, no son mas que el espíritu de la ley primitiva—, esto es, residen en la naturaleza.

Ellas marcaron el derrotero de los astros al rededor del Sol, encerrados en sus esferas respectivas.

Les asignó sus satélites.

Les imprimió el movimiento, y los lauzó para que patentizasen la gloria y poderío del espíritu inmortal, principio y fin de todas las cosas.

La naturaleza entonces [supongamos que fué entonces, y asi nos conservaremos en el círculo de las suposiciones] empezó el laborioso trabajo de la division de cada planeta, para que guardase el equilibrio resultante de la armonía.

A la tierra (dejaremos á la astronomía que explique la constitucion fisica de otros planetas) rodeóla del aire aspirable, que, como los demas elementos, es indispensable para la vida animal y vegetal.

En sus entrañas, colocó vastas hornazas en eterna combustion, para hacer funcionar al inmenso alambique que tiene en circulacion perpétua las aguas todas del Globo, cuya absorcion se verifica por las profundidades desconocidas de los mares y aparece á la superficie por infinitos manantiales de límpidas aguas, á que las leyes físicas dan direccion para ir á formar los grandes rios, destinados á alimentar el caudal de los mares.

Por un mecanismo que, como todo lo demás, escapa á la intelijencia humana, las especies animales y vegetales, surjieron espontáneamente á la superficie de la tierra.

A las especies animales les comunicó una chispa del espíritu, para imprimirles el movimiento.

Cuando esa chispa se apaga, la materia es inerte—y la descomposicion se sigue, volviendo á los elementos de su ser.

Cada especie fué dotada con el instinto, que debia hacerla concurrir á un misterioso trabajo de reconstruccion, calculado

segun parece, para evitar la decrepitud, con cuyo sello el tiempo marcaria indudablemente al Globo.

Hizo de esas especies, tres grandes divisiones:

Una cruza los aires,
Otra huella la tierra,
Y la otra surca los mares y los rios.

Hay tambien una especialidad que se designa con la clasificacion de *anfíbios*.

Y aquí nuestra pluma se desliza, á hacer notar que, á esta especialidad, se parecen muchos hombres que preconizan de *principios*,—en cuanto es posible hacer esplicaciones morales, á lo que es eminentemente fisico.

Las especies vegetales, tuvieron tambien sus clasificaciones, que el mas adocenado naturalista herborizador podría enumerar, con reconocida ventaja, que nos apresuramos á significar, por temor de que alguien se nos anticipe.

Estas diversas especies fueron dotadas con propiedades, que, si alimenticias—son conocidas; si nocivas—lo ignoramos; si hijiémicas—dirémos algunas que Iriarte nos enseñó:

Entre ellas se distinguen las diuréticas,
Catárticas, narcóticas, eméticas,
Febrífugas, estípticas, prolíficas,
Cefálicas tambien y sudoríficas.

Entre los caractères de la ley natural se encuentra la *justicia* y la *beneficencia*.

Notad cómo no lo echó en olvido, cuando dió al calor la facultad de elevar las aguas en vapores y esparcir las despues en fecundante lluvia en todas latitudes.

El objeto ya es sabido, y aun cuando no lo fuera, basta que la naturaleza lo hubiese decretado, para que debamos considerarla como una *sábía providencia*.

¡Cuánto debemos deplorar que las leyes humanas, que en teoria ostentan tanta justicia y beneficencia, no sean tan escrupulosas en la práctica, como el Universo acredita que lo es la ley natural en ejercicio!

La tarea que hemos emprendido, presenta obstáculos insuperables á la ignorancia.

La imaginacion los salvará volando por sobre ellos.

Los hombres pretenden que presidió á su creacion, una atencion especial de la naturaleza.

Sobre este punto, somos de una latitud indulgente, cuyo limite es tan remoto, como pueda imaginar la mente, pensando que, si todo hombre tiene el derecho de adorar á Dios segun su conciencia, tiene tambien iguales títulos para considerar á sí propio el complemento de la perfeccion.

La ciencia ha demostrado que la organizacion del cuerpo humano, tiene mas de un punto de contacto con la organizacion material de los demas seres, de lo cual resulta que está sujeto á necesidades idénticas, satisfechas con un refinamiento que revela al *ser racional*.

La razon, que suple en el hombre al instinto de las demás especies, se ha considerado por la Ortodoxia como el punto de co-relacion entre la Divinidad y los brutos.

Las cuestiones metafísicas, no entran en nuestro plan; pasemos sobre ellas.

En razon de la *sin razon*, creyéndose el hombre predestinado, se dió á sí mismo el título de *Rey de la naturaleza*, y procedió en consecuencia.

Se contrajo á destruir las especies, cuya existencia creyó no convenirle, sin cuidarse del efecto que eso pudiera producir en el órden natural,—y guiado por el instinto de su conveniencia, fomentó las que juzgó serle útiles.

La consecuencia de estos procedimientos, natura sabe cual será; nosotros cerramos los ojos del pensamiento, que en vano se debilitan, mirando al través de los siglos, y terminamos la primera parte de nuestras reflexiones, con otra que de ellas arranca:

Si esos procedimientos físicos se aplicasen á nuestro ser moral, destruyendo las malas ideas y propendiendo á materializar las buenas, podríamos alcanzar muy bien, á ser, un modelo digno de imitarse.

AGUSTIN DE VEDIA.

COLON Y EL NUEVO MUNDO.

Semper honor, nomenque tuus laudesque manebunt.
VIRGILIO.

Silencio! dadme el harpa con que inspirados cantan
Los ángeles; dejadme trepar hasta el dosel,
En torno del cual giran los orbes y levantan
Un himno de armonías al santo de Israel.

¡Sublimes cataratas, Niágara, Tequendama,
Que resonais cual éco de la ira del Señor;
Prestadme el atronante rugido con que brama
Vuestra grandiosa mole, cayendo en rededor!

¡Magnífico Amazonas, soberbio y rico Plata,
Vuestra arrogancia y brios á mis acentos dad,
Cuando se oculta el día y el rayo se desata,
Y asida á vuestras crines se ve la tempestad!

¡Volcanes de Antisana y Llimáni, estañantes
Con vuestra hirviente lava cubrid mi yerta sien,
En tanto que furiosos la azotan los gigantes,
Deshechos huracanes que solo allí se ven!

Embalsamada brisa que con doliente arrullo,
Te escapas de las selvas, como ellas virginal,
Y en las altivas ruinas, del noble Atzeca orgullo,
Tal vez por él murmuras un canto funeral;

Auríferas montañas, inmensa cordillera,
Do n. il tribus errantes, ansiosas de botín,
Tendida al rudo viento su larga cabellera,
En ágiles corceles se agolpan al confín;

Inmensurables pampas, desiertos y llanuras;
Y cielos que corona la ardiente cruz del Sud;
Fieras, serpientes, aves, cándidas flores paras,
Y *sábanas* que incendia del trópico la luz;

Formad todas acordes, tan solo una armonía!
Un coro que restiene como una sola voz!
Un rayo que en el alma vertiendo poesía,
En ella surgir haga la inspiracion veloz:

En cuyas rojas alas se eleve resonando
Del Este hasta el Oeste, del Sud al Septentrion,
Cual raudo meteoro sublime traspasando
Los montes y los mares, el nombre de Colon!

¡Colon!... el genio ilustre que el Dios de los humanos,
Para inundar la Europa de luz y aire vital,
Rasgando el negro velo de incógnitos arcanos
Lanzára en las tinieblas cual salvador faul.

Dios le tocó en la frente... relámpago divino
Mostróle en nuevos cielos un nuevo astro lucir;
Abrióse á sus fulgores el libro del destino,
Y en él hoja por hoja leyó su porvenir.

Miró de otras riberas los bellos horizontes
Que destilaban perlas en nubes de arrebol,
Miró en la verde falda de sus floridos montes,
Las piñas de oro y plata que fecundiza el sol.

Y vió á los arroyuelos besar las virginales
Flores, y al retirarse, cubiertas á la vez,
Dejarlas de brillantes, rubies y corales,
Cual lágrimas que arranca del goce la embriaguez.

Y arrebatada el alma con noble sed de gloria,
Corrió á brindar su idea, su idea colosal,
A reyes y potentes magnates, y notoria
La gran verdad su lábio les reveló inmortal.

Mas solo encontró en ellos estúpida ironía
Promesas cortesananas ó menosprecio cruel,...
Y eso que el genio apenas un barco les pedia,
Y en cambio todo un mundo les ofrecia por él!

¡Oh! cuántas veces, cuántas en su tenaz delirio,
Rota y deshecha el alma por tanta decepcion
Y escarnio, imaginóse—¡tanto era su martirio!—
Que ya en efecto habia perdido la razon.

Un vértigo era solo... pasaba, y mas divina
La fé con la esperanza volvía tras su afán;
Así el *ombú* altanero que el huracan inclina,
Se eleva mas erguido, pasado el huracan.

Y firme, incontrastable, sin doblegar la frente,
Bebiendo gota á gota de sa aficcion la hiel,
Los días y los años pasó, hasta que fulgente
Rompíó su obscura noche la estrella de Isabel.

La mano que triunfante postró la media luna,
Por cierto merecia tomar las de Colon,
Alzarle de la tierra, y dándole una á una
Sus joyas, repetirle: ¡de un mundo el precio son!

Miradlos!... Van cruzando las encrespadas olas
Y suenan en la playa mil gritos de pesar:
Ya dejan, ¡ay! ya dejan las costas españolas
Y su insondable seno les abre el ancho mar.

Varian de colores las aguas, y vacila,
Se cambia de los astros el brillo y dirección....

El imantado acero revuélvese y oscila,
Marcando estroña ruta perdida en la estension.

El cielo se oscurece, rebrama el torbellino,
La tempestad rugiente, cual hórrido caiman,
Desplómase bramando y amaga en su camino
Tragarse á los que aflictos ignoran dónde ván.

Pero adelante siguen las raudas carabelas,
Aunque la muchedumbre: ¡*Muera Colon y atrás!*
Repite, y quiere en vano coger las anchas velas
Que airadas á su esfuerzo, se ensanchan mas y mas.

¡Ay! aguardad cobardes, siquiera al nuevo día
Impávido él les dice, la mano en el timon....
Y en medio de esta lucha la tempestad bravía
Se calma, y dora el aire confusa radiacion.

Velado entre vapores el astro rey asoma,
Y la rebelde turba lucir al lejos ve
Celeste y vaga nube, que como azul paloma,
Levántase humeando del horizonte al pié.

La nave lenta avanza... Colon clava sus ojos
En la azulada nube, y de repente, *allí*
Esté la tierra!... grita, y todos caen de hinojos
Y, viva Colon, claman con ciego frenesí.

En tanto que él absorto y en actitud sublime,
Inmóvil señalando la tierra sin hablar,
Sus grandes pensamientos parece que comprime
Y que estos por sus ojos se quieren escapar!

¡Ya es suyo el Nuevo Mundo! ya coge su diadema,
Su brillantino manto tremola en su bagel:
Llega, y de su alta gloria, como inmortal emblema,
A las reales plantas los echa de Isabel.

¿Y cuál fué el digno premio de tan heroica hazaña?
¿Su esfuerzo sobrehumano qué recompensa halló?
¿Decirlo dá vergüenza! un mundo dió él á España
¡Y España hiel y grillos en cambio le brindó!

El que inundó á la Europa de oro, el que á la Iberia
Dotó de mas provincias que en ella pueblos hay,
Murió de pesadumbre, de angustia y de miseria,
Cual víctima espiatoria de su conquista audaz.

Y hasta sus pobres restos vagaron por Castilla
Errantes largo tiempo sin encontrar quietud,
Hasta que al oír sus ayes, la mas preciada Antilla
Rasgóse el pecho amante y en él les dió ataud!

Duerme, Colon, tu gloria se eleva magestuosa
Cual cerca de *Altamira* [1] forjada ó natural,
Levántase en un llano pirámide grandiosa
Que es obra de titanes, segun voz general.

No importa que al principio su rayo diamantino
Perdiérase entre sombras, cual perla en fango vil;

[1] Pueblo mejicano.

Tambien el *tucumeno* [1] se pierde en su camino
Y luego brota y salta por hendiduras mil.

Del tiempo entre los pliegues tu escelsa gloria envuelta
Los siglos atraviesa purificada ya,
Cual cóncavo *bejuco* que absorbe, y roto, suelta
El agua cristalina que atesorando vá.

Al asomar tu nave por el tendido ocaso
Se estremeció la Europa de gozo y de placer:
Dormia y entre sueños adivinaba acaso
Que al fin debía tu vuelta regenerar su ser.

Tú fuiste el meteoro que súbito y violento
Del Maracaibo rasga la antes dormida faz;
La Europa electrizada se despertó á tu acento
Con ánsia de conquistas, con sed de oro voraz.

De España era la gloria, de España era el despojo,
Y España la primera cerró contra el infiel:
La flor de sus valientes con temerario arrojo
Por todo el Nuevo Mundo se derramó en tropel.

¡Ay! ¡en tropel, revueltos los malos con los buenos!
Torrenté desbordado que nos dejó, al pasar,
Lo que el *Conití*; sus bocas entré salobres senos
Dulcísimos raudales del fondo hacen saltar.

¡No importa! Sus costumbres, su religion é idioma,
Con la vertida sangre brotaron por do quier,
Y América fué el árbol que herido da su goma,
Y en viva luz trocada la vé resplandecer [2].

La raza vencedora regeneró á la indiana,
Tendió sus áureas alas la civilizacion,
Y por trescientos años la tierra americana
Creció y durmió al abrigo del hispalo leon.

Y la vestuta Europa que se desploma al peso
De su miseria, como retiembla el Potosí,
Y el mineral despide que en sus entrañas preso,
Rompe la dura valla que le sujeta, así.

Sus hijos fué lanzando de América á los montes,
Sedientos y desnudos, y sin hogar ni pan:
Veloz rebaño inmenso de rápidos *bisonites*,
Que arroja á la pradera del hambre el rudo afán.

¡Oh América! ¡tú eres el arca bendecida
De todos los que corren de su ventura en pos,
Desheredados de ella por quien les dió la vida...
Muy grande es el destino que te reserva Dios!

¡No importa, no, que ahora tu rico y feraz suelo
Presente un cuadro horrible que en tu dolor no ves,
Por qué el semblante escondes bajo sangriento velo,
Y ciega, con el hierro das hierros á tus piés!

[1] Tucutumeno, rio de Venezuela.

[2] Varios árboles de América, y muy principalmente el *algarrobo del Orinoco* destilan por sus grietas unos copos de goma que encendidos arden como una vela hasta que se consumen.

No importa, no, que ahora tu libertad, lo mismo
Que el Guao de tus florestas, cuyo hálito mortal,
O mata ó enagena, sepulte en negro abismo
A cuantos le consagran su adoracion leal.

No importa, no, que imbécil caterva ahora insolente [1]
La libertad proclame y el sable sea su ley;
Cernícalos que baten sus alas dulcemente,
Y así aletargan, beben su sangre toda al buey.

No siempre, ¡Dios eterno! no siempre los caudillos
Han de imperar potentes; un día llegará
En que los pueblos rompan sus ominosos grillos,
Y sepan lo que valen la patria y libertad.

El alevoso tigre luchando con el anta,
Encima se le aferra, seguro de vencer;
Pero éste contra un árbol se cieme y le quebranta,
O en el cercano río le obliga á perecer.

Así los que del pueblo se apoyan en los hombros,
Y porque está debajo vencido le creen ya,
Olvidan que si él alza las manos, en escombros
Por tierra hecho ceniza su trono arrojará.

Si, América, mas bella rutilará mañana
La suspirada aurora de paz y de espacion;
No puede, no, incompleta dejar la soberana
Bondad, la grande obra que comenzó Colon.

Escrita está una hoja del libro de tu vida,
Una hoja, solo una, y tienes blancas mil;
El porvenir es tuyo, y á menós que lo impida
El Hacedor; tu mano, tu mano juvenil,

El cetro de la tierra empuñará algun día,
Y tu indomable raza levantará triunfal
Su magestuosa frente, como entre nieve fria
El Cayambé que cruza la línea ecuatorial.

Del polvo de tus chozas que aun arden, opulentas
Ciudades con un soplo nacer la industria hará;
Como esas bellas islas que forman las tormentas
Y arrastra en su carrera veloz el Paraná.

Allá en el Orinoco se inundan las barquillas
De peces, que hasta el borde las colman al huir:
Así la muchedumbre verás en tus orillas
Los bosques y las sierras y la llanura henchir.

Y ella do quier activa, los gérmenes fecundos
Que Dios puso en tu seno desarrollando irá,
Y en valles y montañas y piélagos profundos,
De tu grandeza el sello, sublime grabará.

Y entonces venturosa, libre, potente y grande
¿Quién detendrá tu carro, del triunfo precursor?

[1] Parece inútil advertir, que esto solo se refiere á los corifeos de nuestras eternas guerras civiles, y que nada tiene que ver con las instituciones republicanas.

El autor se honra en declarar que ha escrito un libro con el único objeto de probar que en América no es ya posible ni conveniente otra clase de gobierno.

¿Y quién osará entonces trepar soberbio al Ande
Y allí cortar las alas al cóndor vencedor?

¡Ah! entonces, ¡madre mia! celeste y clara lumbre
Con inmortal diadema caerá sobre tu sien,
Y nubes de azahares, naciendo á su vislumbre,
Absorberán la sangre que mancha ahora tu Edem.

Y tus rebeldes hijos con fraternal abrazo
Sus odios y rencores por siempre olvidarán,
Y soltará, rugiendo de gozo el Chimborazo,
Para decirlo al mundo, su acento de titan.

¿Y al verlos abrazados, su férvida plegaria
Unidos elevando con puro corazón,
No gemirá en su losa, dos veces funeraria,
De ira y de vergüenza la sombra de Colon!

¿Ni se alzarán de noche los esqueletos yertos
De nuestros viejos padres que sin descanso están,
Y á quienes tanto oprobio, baldon y desaciertos,
La maldicion arranca que Dios echó á Satán!....

¿No mas! ¡no mas!... las cuerdas del harpa sacudidas
Estallan, no pudiendo templar mi ardiente sed....
Se chocan las ideas hirviendo confundidas....
¿Perdóname, oh América, si en algo te ultrajé!

¡Ay! desgraciado, errante, sin gloria y sin amores,
¿Qué mas puede el proscrito que derramando ir,
Por su árido camino, revueltos con las flores,
Los ásperos abrojos que recogió al partir!

Madrid.—1850.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

LOS AMORES DE MONTEVIDEO

POR

ANTONIO DIAZ (hijo)

V.

La madrastra.

Si el alma un cristal tuviera
(como cierto Dios quería)
menos traiciones hubiera;
pues cada cual temería
que su infamia se supiera.

No hubiera en el mundo engaños,
cautelos, juicios estraños;
traiciones, falsos testigos,
ni con máscara de amigos,
hubiera secretos daños.

Montalvan.

La muger se desfigura completamente en todas sus definiciones, cuando, desde la condicion de criatura humana, llega á convertirse en todo lo que encierran las nueve letras de esta palabra.

Por mas defectuosa que parezca esta asercion, trataremos de demostrar, que, cuando el ser humano dejenera en su alma, en

sus instintos, y hasta en su forma; de los instintos, el alma, y la forma de la criatura que vió la luz en el seno de la sociedad, se aparta de la condicion de su especie para acercarse....

¿A la de quién? ¡Dios mio!
Distingamos, y espliquemos.

Hay seres, que tienen el permiso de Dios para hacer las veces de madre.

Es decir, que están dotadas de un temperamento sensible, amante, y doliente, y aman los hijos que tienen bajo su amparo, como si fueran propios, ó poco menos.

Estos seres, aunque se llaman vulgarmente *madrastra*, están muy lejos de serlo.

Entre las *madrastas*, la que nosotros calificamos como tal, es otra.

Es la que se ha hecho acreedora á ese nombre.
Que la sociedad denuncia.

Que oyen con espanto los maridos.

Y á cuyo nombre, huyen en bandadas los chicos á ocultarse detras de las puertas del segundo patio.

La *madrastra*, es una especie aparte.

Es una *tercera exposicion de la naturaleza* á quien dió solamente la forma humana, dejando á todos los espíritus malélicos, el derecho de dotarla de las facultades, por las cuales imagina su alma.

Bajo este concepto, la *madrastra* nace tal, y no muger.

Su llegada al mundo, es una amenaza para alguna criatura.
Su existencia en la humanidad, es un jaque mate para alguno.

Es un problema, cuya solucion empieza por asesinar á una madre.

Enlutar una familia.

Hacer bañar de lágrimas, los crespones purisimos de un féretro santo.

La muger angélica: la santísima criatura que llevaba el permiso del cielo para llamarse *madre*, tiene que resignarse, y dejar su puesto en el mundo á la *madrastra* destinada á reemplazarla.

Ella no la ha visto nunca; pero la espera, ó la presiente.

No se atreve á nombrarla, por temor de que se quemén sus labios; pero abraza á sus hijos, y piensa tristemente para sí—*puede ser que los... ame.*

¿Se engaña!

Pero baja con esta suprema esperanza á la tumba.

¡Oh castísimo y santo corazón de una madre!

Por algun tiempo, el llanto de sus hijos, cae verdadero y triste sobre su memoria; pero al fin el musgo empieza á estenderse sobre su loza, y cae sobre ella, ese manto sin color, que se llama—*el olvido.*

Es entonces que la *madrastra* tiene lágrimas.

Entonces tiene besos para la horfandad.

Lágrimas y besos que la conducen al seno de la familia, donde se introduce con el semblante resignado y angélico; con el corazón dolorido, amante y piadoso; con la mirada triste y humilde; con el alma llena de caridad, y de moral ejemplar.

La *madrastra* habla suavemente.

Tiene todas las virtudes de la muger evangélica.

Ama mucho á los infelices hijos de su marido, y los ama tanto, que pretende amarlos mas que la misma madre, á quien si

fuera dado alzar un pliegue del sudario para verlo, horrorizarían las *santísimas tendencias* de un amor *tan entrañable.*

El pobre padre, duda un poco de aquel cariño estremo, repentino, y alarmante.

Aquí empieza la lucha.

De la misma manera que el vampiro jira en torno de un cuerpo, y ajita suavemente las alas, hasta que consigue adormecer su presa, á la cual se pega luego para dejar exánime; así tambien la *verdadera* *madrastra*, pone en juego sus artificios, para sorprender los gustos ó las inclinaciones de su víctima; para explotar sus malas pasiones [si las tiene]—para corromper sus instintos virtuosos [si los tiene]—para introducir lentamente el torcedor en el corazón.

La *madrastra* legítima y no falsificada;

La *madrastra efectiva*:

Es un cosaco doméstico, que circula infatigable la existencia de sus víctimas, con la sonrisa en los labios.

Es una sierpe que se enrosca suavemente al cuello del hombre y lo atrae con silvidos embriagadores, hasta que consigue morderle el corazón.

Es una ave de rapiña, cuyas ocultas garras, eternamente preparadas, esperan la hora de aferrar la presa.

La *madrastra*, *madrastra*, posee un instinto superior al de la muger.

Siempre con la mirada suspendida de los labios del hombre:

Observando el mas imperceptible gesto, espera como un CAZARDPETICION, el momento de poner en práctica sus seducciones.

Siempre en la ejecucion de su comedia eterna, está pronta á despojarse de su ropaje y á teñirse el rostro, prodigando con admirable facilidad, esa contraccion de fauces en la leona, que esplica el naturalista como una sonrisa:

Esa lágrima que asoma á la pupila enrojada y palpitante de la pantera en asecho.

La pisada de la *madrastra modelo*, es imperceptible.

Se la encuentra en todas las puertas.

Se duplica.

Se triplica.

Se multiplica.

Está detras de las persianas.

De los tapices.

De las colgaduras.

Detrás de los cristales de las ventanas.

En los reparos sombríos.

A la luz del día.

Fingiéndolo.

Observando.

Estudiando.

Maquinando.

Y revolviendo en las profundidades de su corazón insondable, sentimientos capaces de derrotar completamente á un regimiento.

La *madrastra modelo*, es mas valiente que un sargento de caballería, cuyas ginetas ha ganado á punta de lanza.

Tiene la velocidad y las garras del Buitre.

Posee en alto grado la astucia de la zorra, y la mirada del basilisco.

Toda esta definicion, hace la parte rigurosamente integrante,

de ese conjunt, que se designa bajo el nombre de *azote doméstico*
—*Calamidad de hogar.*

Que los buenos hombres se apresuran á llevar á sus hijos, para introducir la disolucion en la familia, y como de la disolucion de esta, al infortunio, no hay sino un paso, tenemos en conclusion, que el abandono, la desesperacion, el vicio, y despues la muerte se encargan de desenlazar trajicamente la obra de la *madrasta*.

Finalmente, antes de entrar en los detalles, que contiene este capítulo, dejaremos consignado, que hemos hablado—

De la *madrasta modelo*.

De la *madrasta efectiva*.

De la *madrasta madrastra*.

Y como esto vá á relacionarse con un hecho histórico, proseguiremos nuestra tarea, y creemos que *queda dicho*.

Nerea fué el segundo fruto de este enlace, haciendo su aparicion en el mundo el 15 de Diciembre de 18....

Pero al mismo tiempo que Nerea abria los ojos á la luz, Teresa los cerraba á las tinieblas de la muerte.

La vida pues, y la muerte, se encontraron.

La primera con la frente angélica é inocente.

Con las alas blancas, suaves y palpitantes.

La segunda con la mirada fija y apagada.

La frente violada, y las sienes undidas y tersas.

La vida pidió paso.

La muerte plegó sus alas en silencio.

Pero tanto... que cayó en el féretro....

Tanto... que no se incorporó jamas.

Sin embargo; entre ambas se tendieron las manos al pasar.

La muerte pudo asirse fuertemente á la vida, y atrayéndola á sus brazos, logró imprimir un beso en sus mejillas.

Una lágrima rodó, por las mejillas de la vida.

En la aurora de muchas lágrimas, vertidas sobre las sombras de aquella muerte que oscilaban tambien con lágrimas y suspiros.

Nerea creció solitaria como la flor del aire, suspendida en las alturas al borde del Uruguay.

Marchitándose, y viviendo sucesivamente.

Siempre mirando al abismo é inclinada á él.

Nerea llegó á los 15 años.

Luciano, su padre, acababa de cumplir los 46.

Luciano, habia permanecido pues 15 años consecuente á la memoria de Teresa.

Padre é hija habian hablado mucho de ella, y Nerea habia acabado por amar tanto la memoria de su madre, como si hubiera estado siempre sentada en sus rodillas.

Como si estuviese acostumbrada á esparcir la negra cabellera en las blancas espaldas de Teresa, para jugar con sus rizos.

Como si aun palpitáran sus mejillas á la dulce impresion del beso maternal.

Luciano la llamó una noche.

Nerea adivinó el motivo de esta conferencia.

Y Nerea tenia sus razones para sospechar.

Su padre frecuentaba la casa de una jóven, con la que habia intentado relacionarla intimamente, y ya se hablaba mucho de matrimonio.

Nerea, por consecuencia, se resolvió á escuchar de boca de su padre, lo que sabia anticipadamente, por la boca del mundo.

—Hija mia, interrogó Luciano—¿te alegrarias de verme feliz?

—Sí.

Luciano guardó silencio por un momento.

Nerea bajó los ojos.

Luciano tomó la mano de su hija con cariño.

Esta le clayó sus ojos, y sonrió tristemente.

—¡Nerea! continuó Luciano—Yo me voy haciendo viejo.

Es muy dulce vivir siempre á tu lado hija mia; pero eso,

solamente llena mis deseos y mis alegrías como padre.

Nerea guardaba siempre silencio.

La misma sonrisa triste, estaba pendiente de sus labios.

(Continuará.)

FRAGMENTO

DE LOS

CANTOS DE ADOLFO A ELVIRA.

ILUSION Y TRISTEZA.

De la escondida misteriosa alianza,
que forma el aire con la luz del dia,
naciste tú, mi prestigiosa santa;
mas bella que la luz; mas, todavía!

Mis ojos, sin saberlo, adormecidos
por el pleno lucir de tu belleza,
creyeron ver, espacios desprendidos
del Cielo con que sueña mi cabeza!

Como un niño inocente, contemplando
iba en el aire el pliegue de su manto,
creyendo que era *ser*; lo que fluctuando
pasaba por mi frente con encanto.

Yo te ví con la veste blanca y clara
trasponer de la tierra su confio;
yo te ví con la diestra levantada,
decirme *adios*, hasta el Eden. ¡Oh! sí.

Yo ví la alba corona en tu cabeza;
yo ví tu planta leve sobre nubes;
yo ví tu fás de sin igual belleza
reirme, Dios! cual rien tus querubés!

Yo te ví con la mente, que es doblar
el fósforo que anima la pupila;
yo te ví para siempre abandonar
esta vida tan corta y tan mesquina.

Yo te ví; yo te veo y te veré
mientras tenga elementos la memoria;
yo á la tumba tu imájen llevaré
cuando deje esta vida transitoria!

MARCELINA ALMEIDA.

DISERTACIONES HISTORICAS

SORRE

LA ASTRONOMIA.

Antiguamente, la astronomía, como las demas ciencias, se estudiaba y enseñaba casi misteriosamente en los templos, lo que contribuyó mucho á dar á los sacerdotes la impertancia que tuvieron; porque en aquellos tiempos de tinieblas é ignorancia, los que anunciaban los fenómenos celestes ó sabian dar cuenta de su manifestacion, como los que, haciendo la aplicacion razonada de las observaciones astronómicas, estaban en el caso de determinar las épocas de inundacion de los rios fecundantes [en Egipto, en la India] ó las que interesaban á los trabajos de agricultura, lo mismo como los que pronosticaban los vientos favorables ó contrarios á los navegantes, y sabian coordinar el año por medio de la observacion de los astros, eran considerados como unos adivinos, inspirados ó profetas.

En efecto, las ciencias y todos los conocimientos humanos, como la misma agricultura, la arquitectura y la poesia, antes de vulgarizarse, fueron atribuidos por el pueblo ignorante á talentos ó prácticas sobrenaturales, y los primeros hombres que los manifestaron fueron deificados, ó mirados como inspirados por los dioses. Asi es como los sacerdotes de la antigüedad adquirieron un gran poder, tanto sobre los pueblos como sobre los reyes, haciéndose por ese medio los árbitros soberanos de los negocios, del trabajo, de las fiestas, de las familias, de los destinos del pais. En efecto, Ciceron refiere que los pontífices romanos, usando de la facultad discrecional que les procuraba la confeccion del calendario, alargaban así á su antojo el tiempo de la magistratura de sus amigos ó reducian el de sus enemigos, adelantaban ó prolongaban los vencimientos del modo mas arbitrario, y favorecian las ganancias ó aumentaban las pérdidas de los asentistas del fisco.

En todas partes el año fué determinado en razon de los conocimientos ó intereses políticos y religiosos que tuvieron los sacerdotes, los cuales trataron siempre de hacer concordar los dogmas y creencias que enseñaban con la vuelta periódica de las estaciones y las revoluciones de los astros que pudieron observar. Asi es como, en nuestra misma época, el concilio de Nicea, en el año 325, fué quien estableció el primer calendario moderno regular, y que despues de los Concilios de Constanza en 1414, y de Trento en 1563, el Papa Gregorio XIII. realizó en el año 1582 la reforma que el atrazo de diez dias acaecido en el año hacia indispensable para evitar mas trastorno. Resulta pues que cada nacion adoptó las reformas hechas necesarias por observaciones puramente científicas, segun las modificaciones aconsejadas por sus sacerdotes, y que solo por causa de diferentes ritos religiosos que practican, los hombres no pudieron entenderse para determinar científicamente el año. La Inglaterra no aceptó la reforma Gregoriana antes del año 1752, y la Rusia, quedándose con el antiguo calendario Julio, se niega hasta ahora en aceptarlo. Por un mero espíritu de secta ó de fanatismo ¡los hombres quedan pues en desacuerdo con el Sol! Los Turcos, los Persanos, los Chinos, &c, tambien tienen un almanaque distinto, por las razones que acabamos de esponer.

No hay duda que los Caldeos, los Egipcios y Asirios fue-

ron los pueblos de la antigüedad mas instruidos y adelantados en astronomía, como se deduce de los trabajos que hicieron para llegar á la concordancia tan deseada entre el año solar y los años lunares. El célebre Jorge Cuvier dice á ese respecto, en su *Discurso sobre las revoluciones de la superficie del globo* que «en aquellos tiempos remotos la profesion de astrónomo era hereditaria, lo que contribuyó mucho á los progresos de esa ciencia en algunos paises, cuyos colegios formados con los hombres mas respetados estaban encargados de anotar los fenómenos celestes mas interesantes y de transmitirlos á las generaciones venideras.» Pero sucedió que, en varias épocas, las revoluciones políticas ó religiosas lo trastornaron y destruyeron todo.

En el año 747 (antes de J. C.), Nabonasar, rey de Babilonia, despues de haber vencido á los antiguos Caldeos, destruyó bárbaramente todas las historias de los reyes sus antecesores junto con las observaciones astronómicas recogidas hasta entonces, para tener la gloria de fundar una era nueva que llevó su nombre. En el año 520 [antes de J. C.] Cambyza, rey de Persia, practicó las mismas destrucciones en Egipto—En el año 206 [antes de J. C.] el indómito emperador de la China, Tzin-Chi-Kuang-Ti, para vengarse de la resistencia enérgica con que los Letrados se habian opuesto á sus miras ambiciosas, mandó incendiar cuantos libros y archivos se pudieron encontrar—Julio César y los ejércitos Romanos otro tanto hicieron con la destruccion de los antiguos colegios de los Druidas Galos. Mas tarde el fanatismo religioso de los Cristianos, de los Judios, de los Mahometanos continuó esa obra de destruccion, quemando cada uno los libros de sus contrarios, echando abajo los templos, edificios y estatuas, incendiando las bibliotecas. En América, el mismo sistema fué practicado por los conquistadores: Zumarraga, el primer obispo de Méjico, mandó quemar en la plaza de Alcahualcano todos los manuscritos, geroglifos y pinturas americanas que se pudieron encontrar, destruyendo á la vez mas de *veintidos mil* templos Mejicanos, como lo atestigua un documento original conservado por la historia. Tal es la causa por que la ciencia tiene que lamentar la pérdida de tantos documentos y monumentos importantes.

Sin embargo algunos libros incompletos, fragmentos ó trozos escaparon al cataclismo de las revoluciones humanas, y esto basta para hacernos juzgar del adelanto de los antiguos en ciertas ciencias ó artes.

En uno de los libros sagrados mas antiguos de la China, el *Chu-King*, se lee que en el tiempo del emperador Schuenhio, los cinco planetas [los únicos conocidos entonces] se encontraron en conjuncion el primer dia de la luna que abrió la primavera. El R. P. jesuita Mailla, despues de haber verificado ese hecho por medio de cálculos laboriosos, halló que ese fenómeno pudo haberse manifestado el dia 9 de febrero del año 2461 antes de J. C.—es decir mas de un siglo antes del diluvio, época que corresponde exactamente con la del reinado de aquel emperador, segun los anales de la China.

En Egipto las tradiciones van mas lejos todavía, si damos crédito á la leyenda que halló, hace poco, el coronel Inglés Vaysse, en uno de los cuartos recién descubiertos en la famosa pirámide de Cheops, en Ghize. Esa leyenda refiere que en el reinado de Knu-Tu (¿ó Knefo?) la estrella llamada *Lira*, ó *Wega*, salió á medio dia, en el mismo dia del solsticio de verano, y por consiguiente se puso á media noche, en la latitud de Menfis. Despues

de verificada matemáticamente esa observación, resultó que esa circunstancia no pudo presentarse sino en el año 4500 antes de J. C.—es decir cinco siglos antes de la edad del mundo según la Biblia.

Por otra parte, la misma fábula de Isis y Osiris prueba que, desde los tiempos más remotos, los Egipcios como los Chinos conocieron la división del año en 365 días, cuando los Hebreos solo contaban 354 días, práctica que siguieron los Musulmanos, y que los Romanos lo hicieron de 304 días, en el tiempo de Rómulo, y de 355 en el de Numa. Los Griegos también empezaron por contar 354 días en el año, más tarde 360, y 365 cuando los meses intercalados fueron adoptados. Todas esas equivocaciones provienen de que, en el origen de las cosas, los meses lunarios sirvieron de punto de división al tiempo, cuando, como se sabe, las estaciones solo se relacionan con el curso de la tierra al rededor del sol, cuya duración es de 365 días, 5 horas, 48 minutos, 51 segundos y 6 puntos. Varios eruditos pretenden que, antes del diluvio, la revolución de la tierra al rededor del sol se hizo en 360 días, y que solo después del cataclismo se practicó con algunos días más, y esta opinión no es destituida de todo fundamento.

Parece indudable que en el tiempo de Alejandro el Grande existía una colección de observaciones astronómicas hechas por los Sacerdotes Caldeos y que remontaban á 2200 años antes de J. C.; es Calistenés que las había mandado desde Babilonia á Aristóteles. Algunos críticos han hecho observar que en las obras de Aristóteles no se encuentra mención alguna de esas precisas anotaciones; pero esos escritos hubieran debido decir también que precisamente los libros del célebre filósofo que trataban con especialidad de la *Astronomía* se han perdido, y que según toda probabilidad es en esos libros que Aristóteles habría podido referir el hecho que acabamos de señalar. Lo cierto es que el famoso Tolomeo hace mención en sus obras de diez eclipses que dice haber sido observados por los Caldeos; pero, es verdad también que esos eclipses son posteriores á la era de Nubopolasar.

Varron, conocido por *el más erudito de los Romanos*, que escribió más de 500 volúmenes casi todos perdidos ahora, dijo en un fragmento que San Agustín nos ha conservado (*Ciudad de Dios, Lib. XXI, cap. 3*) «que dos matemáticos Griegos habían observado en el año 1767 antes de J. C. [es decir en la época de Jacob] un fenómeno singular acaecido en el color, en el volumen y en el curso del planeta de Venus.» Observaciones de esta naturaleza indican ya conocimientos astronómicos bastante adelantados.

El laborioso filósofo Court de Gebelin dice en su grande obra *Le Monde primitif*, que el Sr. De Monnier, astrónomo distinguido, reconoció que el período ó *Faro* de los Caldeos, compuesto de 223 lunaciones, era más exacto que el de 235 lunaciones atribuido á Meton, y que los Atenieses mandaron gravar en letras de oro. Es este último período, cuyas indicaciones llevan los almanaques con el nombre de *número áureo*, que sirvió para determinar el tiempo después del cual las lunas llenas y nuevas vuelven á caer en los mismos días del año, hasta que el concilio de Nicea substituyese esa indicación con la de los *epactas*. Sin embargo es preciso observar que las *epactas* eclesiásticas, dando las lunas nuevas *medianas*, pueden traer uno ó dos días de dife-

rencia con los cálculos astronómicos relativos á las fases de la luna verdadera.

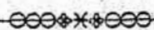
El mismo autor, Court de Gebelin, hace una observación muy curiosa, notando que los números proféticos de Daniel, 2300 y 1260, lo mismo como la diferencia que hay entre ambos, 1040, se refieren á unos ciclos [ó períodos de años] que hacen concordar perfectamente entre sí el año solar, el mes lunar y el día del año, lo que había sido considerado como quimérico é imposible. Si sabe que Daniel llegó á Babilonia siendo muy joven hacia el año 607 antes de J. C. y que fué educado allí entre los Magos, como Moisés lo fué entre los sacerdotes Egipcios. No se debe extrañar pues que haya podido adquirir los mismos conocimientos astronómicos en que los Caldeos y Magos se hicieron tan célebres; por otra parte la época de Daniel dió al mundo muchas inteligencias superiores, pues, los Tales, los Pitágoras, los Anaximandres, los Solon fueron sus contemporáneos.

Antes de eso, Zoroastro había inventado el reloj de sol, la distribución del día en 12 horas, y había adelantado varios conocimientos, entre otros el del polo Norte que supo determinar.

En cuanto á los Romanos sus conocimientos como astrónomos y matemáticos eran bastante limitados y muy lejos de soportar parangón alguno con los de los Griegos y demás pueblos Egipcios y Asiáticos. Así es que, en el tiempo de Julio Cesar, el año se encontró con un atraso de 67 días, ocasionado por el abandono é incapacidad de los Pontífices encargados del calendario. Para obviar á ese error, Cesar se vió en la obligación de hacer venir de Egipto un famoso matemático, que restableció el orden del tiempo y fundó desde luego una nueva era, llamada *Julia*, que sirvió de regla hasta el Concilio de Nicea, y sobre cuyos cálculos sigue establecido todavía el calendario Ruso.

En fin Pitágoras pasa por haber conocido el verdadero sistema del mundo que los sacerdotes Egipcios le habrían enseñado, y es fuera de duda que los antiguos no lo ignoraron del todo, pues encontramos en las obras de Plutarco el párrafo siguiente que lo atestigua: «Cleantes el Samiano, dice, quería que los Griegos acusasen de *impiedad* al filósofo llamado Aristarco por haber importunado á Venus y á los dioses lares, protectores del universo, cuando, razonando según las apariencias, dijo que el cielo no se movía, que la tierra hacia una revolución oblicua al rededor del zodiaco, y que además giraba sobre sí misma.» Ese astrónomo y matemático griego vivía en el año 280 antes de J. C. y dejó un *Tratado* que ha llegado hasta nosotros. Resulta pues que el sistema del mundo demostrado por Copernico en el siglo XV había sido descubierto dos mil años antes, y que por haberlo anunciado, contrariando así las ideas admitidas, el griego Aristarco se vió expuesto á las mismas acusaciones y persecuciones que Copernico y Galileo en la Edad-Media. Lo que prueba que la ignorancia y el fanatismo producen los mismos efectos en todas las épocas y en todos los países, sea cual sea el Dios á nombre de quien se agitan las pasiones, y los principios proclamados por la religión que se profesa. Los defectos humanos son puramente terrenales, solo la razón que ilumina el espíritu y la virtud que adorna el alma vienen del cielo, es decir del Todo Poderoso.

ADOLFO VAILLANT.



NO TENGO NOMBRE.

I.

En el camino del mundo
dos ángeles se encontraron,
y en silencio se miraron
con la expresión del dolor;

El uno de rostro triste
vestido con blancas galas,
color del cielo las alas,
la aureola, rosa el color.

El otro de faz severa
la mirada refulgente
rodeado de una esplendente
celestial irradiación;

Tal vez el hombre al mirarlos
que ellos eran, se diría
la virgen melancolía
y el ángel de la ilusión.

II.

—Tú eres la sombra falaz
que se cruza en mi camino,
dijo el primero; el mal sino,
el destructor de la paz.

Espíritu que en el suelo
vives asido al dolor,
y sueles ver, el terror ...
el genio del desconsuelo.

Dejadme pasar ...

—Escucha,
yo domino lo más fuerte;
soy el que sello la suerte
de las pasiones en lucha ...

—Tú de acibar é inclemencia
das un tormento sin nombre.
—Pero descubro ante el hombre
el rostro de la inocencia.

—Tú traes con el desconsuelo
las lágrimas á una madre,
—¡Qué importa que no le cuadre,
si le doy la luz del cielo!

—Para las almas, impia
será tu misión tenaz.
—Pero arranco el antifaz
que oculta á la hipocresía.

—Tú llevas la muerte en pos,
para el mísero que jime.
—No! ... soy el sello sublime
de la voluntad de Dios.

En el supremo momento
en que sucumbe ignorado

arranco al martirizado
de las manos del tormento.

Justicia infalible y muda,
siempre incansable en mi huella,
yo soy la luz que destella
en los antros de la duda.

—Al que fué feliz ayer
viviendo en un pensamiento,
diste acibar al momento,
verdugo ... ¡hasta del placer!

Por qué martirizas, di,
aun al que pisa el suplicio
y si corro hacia él propicio
le arrancas su fé por mí.

Cuando acaricia más bello
de la vida el pensamiento,
le haces brillar más sangriento
del acha el rojo destello.

III.

—¡Adios! ... humilde viajera
no me detengo un momento;
dejadme llevar mi aliento
al corazón del que espera.

Genio de paz y de amor,
mi aparición no molesta:
yo vivo humilde y modesta
en un rincón del dolor.

—Sigue pues en tu partida
con la alva gaza que vistes:
¡adios! ... himno de los tristes
que te esperan en la vida.

No llores niña, mimada
de la eterna bien andanza;
¡adios! ... humilde esperanza.
—¡Adios! ... verdad descarnada.

IV.

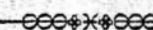
Ambas quisieron triunfar:
lucha eterna se juraron
é incansables se arrojaron
de la existencia á la par.

Así es, que en su afán profundo
si la esperanza la siente,
alza el vuelo tristemente,
cimiéndose sobre el mundo.

Y antes de lanzarse en pos
para volver á encontrarse
la verdad, la vé alejarse
y solo murmura ... ¡adios!

Montevideo, Noviembre 1862.

A. Diaz (hijo).



EL MATE [1]

I.

Pregúntese á un Argentino
 Qué constituye sus goces,
 Cuales horas mas veloces
 Ruedan sobre su destino,
 Y oíráselo de continuo
 Con entusiasmo expresar,
 Que nada puede templar
 De la suerte el crudo embate,
 Como un rico y dulce mate.

II.

Si su querida se enfada
 Y le niega sus favores,
 Y ni la ablandan las flores
 Que él coje para su amada:
 Si nada la desenfada;
 Si á llorar ha condenado
 Al pobre y triste cuitado
 Y siente que el pecho late,
 Templá la pena... con mate.

III.

Si ora vaga peregrino
 Aun por terrenos eriales,
 Y espinos ó pantanales
 Le hacen pesado el camino,
 Y maldice su destino
 Y su malhadado viaje,
 Y el detestable paraje
 Que su alma dobla y abate,
 Dice luego «venga mate.»

IV.

Si está pobre como Aman
 Sin un pucho de cigarro,
 Y un techo de paja y barro
 Le cobija, sin que aun pan
 Tenga en tan mísero afán
 Ni un bocado de comida
 Que temple su triste vida,
 Cesa tan rudo combate
 Diciendo:—«tomemos mate.»

V.

Si alguna vieja le enoja
 (Que no hay peor cosa en la vida
 Que la edad ya desflorida
 Que el menor soplo deshoja)
 Y una maldición la arroja
 Y un... váyase la piruja,
 La hija de la... la bruja,
 Y la enviste por remate,
 Huye su enojo con mate.

[1] Composición inédita.

VI.

Si á un gauchito jugando al pare
 Al ladito del fogon
 Toma y toma cimarron
 Se le acercase Genaro
 Diciéndole sin reparo
 Se ha perdido el parejero
 Con el zaino y el overo,
 Le responderá—«sentate,
 «Velay, tomarés un mate.»

VII.

Si en fin, el mas estirado
 Que viste por figurin,
 Oye que su serafin
 Transido y apasionado
 Va á estampar el nacarado
 Labio de coral y miel
 En la mejilla de él
 Y se atraviesa algun mate,
 Deja el beso y toma el mate.

Moquegua [2] 1847.

H. M. M.

CORRESPONDENCIA.

Buenos Aires, Octubre 29 de 1862.

Señor D. José Antonio Tavolara,
en Montevideo.

Con muy sincero agrado contesto su apreciable carta, por que hago un verdadero aprecio de su distincion—Es verdad, no nos conocemos personalmente, pero tengo yo la ventaja de un juicio anterior, á su respecto: he leído el «Eco Uruguayo» donde vd. recordará haber escrito una série de biografías literarias de un mérito notable.

Es una casualidad: no sé si habrá recibido vd. un ejemplar de mi *Lázaro*, pero se lo he remitido antes que vd. tuviera la fineza de pedírmelo—Yo cuidaré de informarme si ha llegado á sus manos, para que esto suceda en todo caso.

Con la mas franca espontaneidad acepto el lugar distinguido que vd. me abre en las columnas de su «Aurora»: siento solamente la imposibilidad en que estoy de remitir nada para el próximo número: ignoro si vd. sabe que estudio medicina, pero la proximidad del 1.º de Diciembre deja ver ya la terrible sombra del exámen que viene á aterrar en mi imaginacion las ideas de todo lo que me es grato—Por ahora entonces, nada puedo ofrecer á vd. que cumpla su bondadoso deseo, nada tampoco tengo escrito, pero desde ya me comprometo para mi tiempo de reposo—Vd. disimulará esta franqueza tan necesaria.

Agradezco muy sinceramente la oferta que vd. me hace de ocuparse de mi poema, porque conozco que es vd. un voto muy respetable en literatura; y no quiero concluir, sin felicitarle del

[2] Poblacion del sur del Perú. Lugar célebre por las desgraciadas jornadas por las armas argentinas de «Torata» y «Moquegua».

incidente que me dá la oportunidad de brindar á vd. mi amistad y mis servicios.

Disponga vd. entonces sin reserva,
de su affmo. servidor
RICARDO GUTIERREZ.

Hospital de hombres,
Cuarto núm. 10.

Distinguido Señor:

Por mano del Sr. Lapuente recibí una suya de 23 del pasado. El favor que en ella me dispensa vd. no puede ser contestado de otro modo, que poniendo á disposicion de su periódico mis pobres méritos literarios. Sin embargo de mi buena voluntad para toda empresa que como la de vd. tienda á dar un impulso cualquiera á la literatura del Plata, debo confesarle que no dispongo del tiempo suficiente para que las producciones que pueda dedicarle sean dignas de vd. y de su periódico.

Haré lo que pueda.
Cuenta con un amigo y S. S.
CÁRLOS PAZ.

Buenos Aires, Noviembre 2 de 1862

Buenos Aires, Noviembre 12 de 1862.

Amigo apreciado:

Tiene vd. mucha, muchísima razon, al recordarme mi falta de cumplimiento á lo prometido, colocándome en el sobre del último número de su bella «Aurora», el sustantivo *Pereza*, que tan bien clasifica mi olvido...

Perdon, pues, mi buen amigo. Sea vd. indulgente, que yo le prometo para el próximo número dos trabajos.

Uno poético de mi señor tío, y un prosaico fiambre de su servidor, que he empezado á escribir, sobre la Cordillera de los Andes, reuniendo mis reminiscencias de viaje. [1]

Hasta muy pronto, pues.
B.* M.*

Buenos Aires, Noviembre 17 de 1862.

Muy Señor mio:

Una ausencia de tres meses me ha privado del placer de contestar á la atenta de vd. fecha 25 de Agosto en la que solicitaba vd. mi débil cooperacion para la colaboracion de su periódico «La Aurora». Hoy lo hago lleno del mas vivo deseo por la próspera carrera de él y felicitando á vd. por su noble propósito.

Aunque el éxito de casi todos los periódicos literarios que se han publicado en ambas orillas ha sido desgraciado, no dudo que el suyo supere las rémoras que á publicaciones de esta naturaleza, opone el engolfamiento en la política; pues á mas de algunas circunstancias de actualidad que han de favorecerlo, gira en una órbita que no han tocado los demas.

Apesar de mi anhelo, siento no poder concurrir á su obra con materiales mas sólidos y abundantes que los que están á mi alcance, tanto por la falta material del tiempo como por la de algo que no es concedido á todos: asimismo prometo á vd. todo lo mas que pueda.

Adjunto á vd. dos sonetos para que si le agradan los pu-

[1] Lo tenemos en nuestro poder, pero no lo publicamos sino en el próximo número.

El Director.

blique: estoy distante de los originales y es lo que he podido recordar.

Nuestro comun amigo Carlos Fajardo me ha encargado en Chivilcoy, haga presente á vd. que sacudirá su habitual pereza para concurrir con su grano de arena.

Quedo suscrito á su revista y ofrezco á vd. hacer en este sentido todo lo que pueda. Escrita esta en los momentos de despacharla, lleno de apuros, se servirá vd. disimular á

Su affmo. S. y amigo
F. ORTIZ.

LA VIDA....!

Corre de vida el manantial fecundo
 Diques rompiendo con afán vehemente,
 Y sigue impetuoso su corriente
 Dejando en pos de sí cauce profundo.

Bulle, salta, revuélvese iracundo
 De la ilusion buscando la vertiente:
 Si toca la esperanza, es un torrente
 Que como roto mar inunda el mundo.

Mas al llegar á la quemada arena
 Del desengaño, estancase al momento.
 Y aunque de rebentar procura modo,
 Tras una nube de quebranto y pena
 Sopla de la verdad el rudo viento;
 Su esencia se evapora, y queda... el lodo!

FRANCISCO ORTIZ.

LUIS MATURANA.

Señor D. José Antonio Tavolara.

Estimado amigo:

He visto con gran satisfaccion que vd. ha consagrado algunas líneas á la prematura muerte de Luis Maturana, en la crónica de «El Pueblo», de que se halla vd. encargado.

Luis Maturana tiene un derecho incontestable á nuestro profundo sentimiento, al desaparecer de la tierra, porque como hombre, sus cualidades le habian conquistado el aprecio de todos los que le conocieron, cualidades poco comunes, porque la elevada nobleza de su carácter y la sensibilidad exquisita de su alma, se encuentran rara vez.

Arrastrado por una aficion desmedida al arte sublime de Rafael, ella le llevó lejos de las risueñas playas de la patria, y en cambio de las esperanzas que nos sonreian, el destino lo arrojó á nuestro seno poco despues, para que viéramos desaparecer la luz de su existencia tras el ocaso sombrío de la muerte!

Vd. ha fundado *La Aurora* para contribuir á levantar el monumento de la literatura nacional, despertando un sentimiento dormido, y para servir de estímulo á las sublimes tendencias del espíritu humano,—por falta de ese estímulo cortadas.

Siendo ese, el noble objeto que ha alentado á vd. en la árdua pero gloriosa empresa que ha llevado á cabo, en su periódico deben ser inscriptos los nombres de aquellos que han dado lustre á la literatura, y al arte hermoso que se coloca á su nivel.

Vd. ha comprendido tambien ese pensamiento, y el segundo número de *La Aurora* se ha contraído esencialmente, á reunir todo cuanto se ha dicho y se ha escrito, relacionado con el acontecimiento que ha llenado de luto nuestros corazones, arrebatándonos la figura mas conspicua de nuestras inteligencias literarias.

Llene vd. ahora otro deber, y grave en las páginas de *La Aurora* el nombre de **LUIS MATORANA**, cuya existencia tan risueñas ofertas nos hacia, considerándolo como hombre y como ciudadano—por sus aptitudes y sus cualidades.

Aun me hallo bajo las impresiones que su muerte ha producido en mí, porque era demasiado cara su vida, para que alcance á cubrir su sepulcro el manto glacial del olvido.

La existencia de Luis, ha sido siempre combatida por la tempestad del infortunio, como todos los corazones, donde la grandeza se asila, grandeza sublime, que escapa á la penetracion de aquellos espíritus obcecados, de quienes depende acaso la brillante realidad de nuestros sueños de ventura!

Llene vd. ese deber, amigo mio, y reciba como siempre la estimacion de su affino.

AGUSTIN DE VEDIA.

Casa de vd.
Noviembre 11 de 1862.

RECUERDO.

En medio de un desierto, circundada
De sofocante, perennal neblina,
Cual rojo sol tras lúgubre cortina,
Se vé una pobre tumba abandonada.

De un marchito artesón tiene colgada
Brillantísima lámpara argentina,
Que en pugna con los vientos ilumina
Este fúnebre plagio de la nada.

¡Tristes reliquias de pasada gloria!
Es el desierto, mi vivir doliente,
El sepulcro, mi pecho carcomido,
Y esa fúlgida luz, una memoria,
Que por siempre tenaz está en mi mente
Luchando con el viento del olvido....!

FRANCISCO ORTIZ.

BAJO LOS TILOS

POR

ALFONSO KARR.

Traducida expresamente para "La Aurora".

X.

Como Stephen volvió á entrar en gracia con Mr. Müller y su hija.

Nous revieudrons avec une épaulette,
Nous revieudrons peut-être avec la croix;
Un coup de sabre ornera notre tête:
C'est un bandeau plus beau que ceux des rois.

Chanson de caserne.

Al día siguiente por la noche, á la claridad de lámpara, leía Magdalena, y el Sr. Müller fumaba su pipa sin decir nada, el viento empezaba á silvar agudo haciendo doblar los árboles y temblar los vidrios. El Sr. Müller se frotó las manos.

—No hay mal, va á caer una buena lluvia, y todo irá mejor; la tierra está seca, y por otra parte la lluvia de verano es fecunda y saludable como una bendicion del cielo.

—Sí, dijo Magdalena; pero compadezco á los que se hallan en camino y que, en su prematura confianza y sobre la fe del primer sol, caminan lijeramente vestidos.

—Talvez Stephen está en ese caso, dijo Mr. Müller.

Magdalena habia pensado aunque nada hubiera dicho.

—Es bien singular que no haya entrado esta noche, continuó el padre.

En ese momento se aplacó el viento.

—Hé aquí la lluvia, dijo Mr. Müller.

Y en efecto, algunas gruesas gotas se hicieron oír en los vidrios. Golpearon en la puerta, Magdalena se estremeció y contuvo su respiracion; Mr. Müller separó la pipa de su boca; Genoveva abrió y anunció al Sr. Stephen. Magdalena bajó los ojos sobre su libro, y el Sr. Müller tomó una actitud grave y seria.

Stephen saludó y se escusó.

—No tenia un minuto que perder para decir adios á mi hermano, que partia para la frontera; érame necesario hacer diez leguas á pié, y por nada en el mundo hubiera dejado de abrazarlo.... talvez por la última vez. Lo he dejado hacen seis horas; le he visto beber el vino del adios, cantar alegremente y montar á caballo, y saludarme de lejos con la mano haciendo caracolear su caballo. Hé apercibido por mucho tiempo la punta de su plumacho; despues, cuando una vuelta del camino me le ha hecho perder de vista, hé partido tristemente. ¡Oh! Señorita, ¿quién sabe si lo volveré á ver? ¡y él es el único que me ama en el mundo!

En los ojos de Stephen se veía una lágrima próxima á caer. Magdalena le miró compasivamente. Los dos se sonrojaron y bajaron los ojos.

Mientras tanto, á una señal del Sr. Müller, Genoveva habia preparado el té; el Sr. Müller puso él mismo el agua en el fuego.

—Tomareis el té con nosotros, Sr. Stephen; es una buena

y saludable bebida, por mas que diga Simon Paulli, médico del rey de Dinamarca que pretende que el té es una variedad del mirto, y Bauthimes que sostiene que es un hinojo; en lo que son completamente bien refutados por Nicolas Pechlin, en su libro bien raro: *De potu theæ dia logus*. Genoveva, traed manteca y crema para el Sr. Stephen, pues lo que es yo no la tomo jamás con el té, por seguir al mismo Pechlin, que condena el uso.—El número de autores que han escrito sobre el té es considerable.

El Sr. Müller se levantó y conduxo á Stephen á su biblioteca. Allí, entre un sinnúmero de libros viejos y mohosos, le mostró con el dedo un poema latin sobre el té, por Pedro Petit; una elegia sobre el mismo objeto por el Sr. Fluett, obispo de Avranches, en Francia, y libros de Luis Almeyda, Mathieu Riccius, Jean Linscot, el padre Massée, Nicolas Filpius, médico de Amsterdam, Aloysius, Sylvestre Dufour, mercader de Lyon, y ocho ú diez otros, que todos, en prosa ó en verso han escrito sobre el arbusto chino.

—Tengo en mi invernáculo, dijo el Sr. Müller cuando volvió á su lugar, un pié de té ó de *chá*, como dicen los Chinos, que me ha enviado mi amigo de Amsterdam; pero hasta ahora, apesar de mis cuidados y mis fatigas, es una pequeña varilla alta de una pulgada, sobre la cual no he visto nunca sino una hoja y un gusanillo que se ha comido la hoja. Servios de azucar. Os fijareis que no me sirvo del té verde, que toma su color de la costumbre que se tiene de hacerlo secar sobre planchas de cobre; uso el té negro, llamado por los chinos *voui chá*.

Durante todo ese tiempo, Stephen hacia todo lo posible por aparentar atencion; pero estaba profundamente preocupado de la partida de su hermano, y las miradas que Magdalena dirijia á hurtadillas sobre su rostro pálido y melancólico penetraban hasta su corazon. Por la primera vez sintió todo el interes que lo ligaba á la jóven, y si hubiese estado solo con ella le hubiera dicho: «Miradme, vuestras miradas alivian todas las penas; habladme, pues vuestra voz adormece el dolor; amadme, pues soy solo, y mi corazon está lleno de amor para la mujer que me ame.»

A petición de su padre Magdalena cantó: su voz un poco temblona al principio, era pura y armoniosa y llena de espresion.

—Y vos, Señor Stephen, dijo el padre, ¿no cantareis tambien alguna cosa?

—Mi voz es salvaje y no cultivada, dijo Stephen; no sé cantar.

El Sr. Müller insistió. Stephen se levantó; habia en toda su persona una nobleza, un abandono que Magdalena no le habia visto aun; la música y la voz suave de la jóven lo habian transportado, y cantó bastante mal, pero con una voz bien timbrada y con suma espresion, estos versos de Goëthe:

Mi riqueza es la enramada,
Un cielo azulado, una verde alfombra;
Es la brisa embalsamada de la noche
En los hermosos almendros florecidos:
Mi riqueza es la enramada,
Un cielo azulado, una verdé alfombra.

Pero mas que un lecho de fresco musgo,
Mas que el aire, las flores y los cielos,
Mi riqueza es tu dulce voz,
Es una mirada de tus ojos azules,
Mucho mas que un lecho de fresco musgo,
Mas que el aire, las flores y los cielos.

Mi riqueza es tu aliento
Embriagador y matador,
Es tu cabellera de ébano
Sobre tu frente, que una palabra hace sonrojar:
Mi riqueza es tu aliento
Embriagador y matador:

La curruca en el oxiacanto
Al viento deja llevar sus cantos;
Lo mismo tu argentina voz
A todos prodiga sus acentos:
Lu curruca en el oxiacanto
Al viento deja llevar sus cantos.

Así como de las flores en la llanura,
Del sol en los montes encarnados,
Todos se embriagan de tu aliento,
De tu mirada, de tu sonrisa:
Así como de las flores en la llanura,
Del sol en los montes encarnados.

Amor, felicidad, toda mi vida,
Tómalo todo.... Pero en cambio quiero
Para mí solo tu voz tan linda,
Tu suave aliento y tus ojos azules:
Amor, felicidad, toda mi vida,
Todo es tuyo si quieres.

La voz de Stephen temblaba de emocion. Magdalena no se hallaba mas tranquila tampoco; no se atrevian á mirarse, y ni el uno ni la otra hubiesen hallado voz para hablar. El Sr. Müller dijo:

—Que mi hija no os impida fumar una pipa conmigo, Sr. Stephen; ella está acostumbrada al olor del tabaco, que por otra parte es muy sano, apesar de la autoridad de Jacobo Stuart, rey de Inglaterra, que ha escrito un tratado contra el uso del tabaco, y de Amurat IV que lo prohibió só pena de cortar la nariz; y de Urbano VIII, que, por una bula que se ha conservado, escomulgó á los que tomen tabaco en las iglesias.

Stephen se escusó, pretestó un gran cansancio y se levantó. El Sr. Müller le estendió la mano.

—Venid á vernos por las noches cuando podais; cantaremos y conversaremos.

Stephen al salir miró á Magdalena; sus miradas se encontraron y penetraron en el corazon de ambos; la puerta se cerró, dejando á ambos ¡jitados y conmovidos por nuevas sensaciones para ellos, dulces y dolorosas á la vez.

XI.

En que el autor toma momentáneamente la palabra.

De sus cabellos el brillante esmalte negro
Caía sobre su cuell.; bajo su largo párpado
Su ojo reflejaba el bello azul de los cielos.

No vendría mal que aquí dibujáramos el retrato de Magdalena; pero dos cosas nos detienen.

Hemos leído muchos libros, y consecuentemente muchos retratos de mujeres, y hemos quedado convencidos y persuadidos que á menos de ser empleado de resguardo y de tener una vieja costumbre de la filiacion, difícil es que se comprenda jota, porque

la hermosura no está en una nariz griega ó romana, en cabellos negros, en ojos azules, ni aun en la armonía de las facciones, á ménos que no os guste contentaros con la hermosura de las estatuas, pero si en algo de casi divino, en un reflejo del alma que dá color á la fisonomía: de donde sacamos la consecuencia que la hermosura, que es relativa como todo lo que existe, lo que no necesitamos de demostrar visto que todo el mundo está de acuerdo á este respecto, es para nosotros el acuerdo del alma que sospechamos con nuestra propia alma.

Lo que no ponemos de manifiesto sino con gran timidez, porque muchas gentes han llegado á negar la existencia del alma, pues, no estando acostumbradas á servirse de ella, la dejan enmohecerse, estrecharse y secarse á tal punto de no sentirla ya; de paso hicimos todas las reservas necesarias de que mas tarde sentaríamos lo que entendemos por el alma, si se nos presenta la ocasion.

Tenemos aun que advertir al lector que lo que acabamos de decir es pura y simplemente nuestra opinion personal, á la que nadie está obligado á conformarse.

La segunda razon que nos impide hacer el retrato de Magdalena es esta:

Sucedió que un dia tuvimos que rogar á uno de nuestros amigos que pintara bajo nuestro dictado un retrato de mujer, y tomando un libro cuyo autor no nos inquietamos de nombrar, leímos:

«Tenia una frente de marfil, ojos de záfiro, cejas y cabellos de ébano, una boca de coral, dientes de perlas, un cuello de cisne.»

Cuando mi amigo hubo hecho de todo esto, un retrato muy literal, encontramos que la imájen era una caricatura bastante ridícula, un monton de piedras finas, de madera de las islas, con un largo cuello blanco, tortuoso y cubierto de plumas sobre el todo, lo que puede incitar deseos á un ladrón, pero de ninguna manera á un enamorado.

Y ademas de estas dos razones, hay otra tercera que no es sino el corolario ó el resumen de las otras dos: es que nada se parece menos á un hombre ó á una mujer que su retrato.

Es por eso que inducimos al lector á darse por satisfecho con el epigrafe, sacado de una balada alemana, que encabeza este capítulo.

XII.

Durante la noche, Magdalena fué víctima de una emocion que hasta entonces jamás ella habia experimentado; sorprendida y asustada de sentirse el corazón oprimido y lleno de melancólica felicidad, rogó, pidió el socorro del cielo, y dejando disiparse en el fervor de su oracion todo ese amor que la espiñaba, regó su almohada de ardientes lágrimas.

Stephen, por su lado, pasó parte de la noche en su ventana. Como una chispa eléctrica, el amor habia dado á su alma un vuelo desconocido; hallábase entabucada en su cuerpo y lanzábase libre como una mariposa que, á los primeros rayos del sol en las puntas verdes de las espigas que brotan de la tierra, sale de su crisálida, sacude sus alas aun plegadas y húmedas, se abre como una flor y se entrega al viento.

—¡Oh! dijo, es ella; sí, ella es quien completa mi vida: yo no me alucinaba, yo habia presentado otra vida, una vida de amor y de felicidad. Ella me la dará; una mujer, es una hada bienhechora, un ángel, una potencia entre Dios y la criatura para formar el alma del hombre á los gozos del cielo, que solo no podría

alcanzar; su amor es el sol del alma; dá vida y fuerza; es semejante á la brisa que lleva al navegante el perfume de las flores de su patria. Dios ha querido hacer participar al hombre de la felicidad que se reservó, y es la mujer que la distribuye como un maná celeste.

Y Stephen respiraba poco á poco; habia amor en el aire que le rodeaba, sentíase ébrio con delicia; la impresion que sentia es la que, y mas suave aun, se siente en lo alto de una montaña cuando se respira anchamente un aire puro y libre, cuando cerca del cielo se siente crecer su espíritu y llenarse el alma de pensamientos fuertes y generosos.

¡Oh! ¡cómo esperaba con impaciencia el instante de volver á ver á Magdalena! Parecía que sus dos almas se habian conocido como dos hijos de una misma patria que se encontrasen en tierra lejana y saboreasen con avidez los sonidos armoniosos del idioma del país.

Pero al día siguiente, los árboles inclinaban tristemente su jóven follaje, pesado por la lluvia, y Magdalena no bajó al jardín; el día fué muy largo. Al otro dia, Stephen, al despertarse, vió un reflejo rosado atravesar las cortinas de su ventana; levantóse solícito; parecía que le aguardaban; pero estuvo largo tiempo en el jardín, los ojos fijos en la ventana de Magdalena; nadie apareció. Ya habíase llegado á la mitad del dia; Stephen no pudo resistir mas tiempo; fué á golpear á la casa del Sr. Müller; no podia respirar, hubiera dado todo en este mundo para demorar un minuto el momento en que se le iba á abrir la puerta; sintió que ya no tenia voz. Genoveva abrió; eso fué para él una tregua, de que dió gracias al cielo.

—¿El Sr. Müller?

—Espere Vd., dijo Genoveva.

Dejole en el comedor.

Cuando Stephen se vió solo, paseó su mirada en derredor suyo, reconoció el lugar donde la otra noche habia estado sentado con Magdalena, y su ojo se detuvo en la puerta del cuarto de la jóven; pero la puerta estaba mitad abierta, y ella no estaba en su cuarto. Acercóse mas y mas, y el corazón latíendole tan fuerte que se le hubiese oído, puso el pié adentro; la cama estaba aun deshecha, un peinador estaba sobre una silla, y un baño delante de la cama.

Magdalena se habia bañado antes de salir. La cabeza de Stephen abrasóse: «¡Ella, dijo, ella se ha bañado en esta agua! ¡Oh! no poder yo, como el agua, contenerla en mí! ¡Cómo el agua, abrazarla á la vez por todas partes!»

Y una señal húmeda habia dejado en el peinador la forma del cuerpo de Magdalena, sus pequeños piés estaban dibujados en el entarimado donde ella se habia parado al salir del baño. Stephen tomó el peinador y lo estrechó convulsivamente llevándolo á sus labios, y se dejó caer de rodillas y aplicó su boca sobre el entarimado.

Oyó ruido; volvió al comedor y abrió una ventana para respirar. Pocos instantes despues entró el Sr. Müller; estaba solo. Apretáronse las manos.

—Me hice aguardar un poco, dijo, pero estoy ocupado de de esta mañana en buscar la etimología de la palabra *ranuncula*, la que nosotros traducimos renúncula.

Y Magdalena no venia.

—Desde luego encontré, prosiguió el Sr. Müller, que la terminacion *unculus* venia de *uncus*, ganchudo, encorbado, ó de

unculus, garfio, porque la raiz de esta flor es una garra; pero me he dado á los demonios por el resto. Es menester que Vd. me ayude en mis rebecas [Stephen experimentó como un movimiento de alegría al conocer que ya era admitido en la casa por algunas horas], y me obsequiará vd. si se queda á comer conmigo.

Stephen se apresuró á aceptar. En ese momento oyó los pasos de una muger; su corazón latió, y sus ojos pegáronse á la puerta; era Genoveva. El Sr. Müller le condujo á su retrete.

Allí estaban dispuestos en orden todos los libros viejos y mas voluminosos, las enciclopedias, los diccionarios; muchos estaban abiertos sobre la mesa y en el suelo, de manera que era bastante difícil el no pisarlos.

Cuando estuvieron sentados, el Sr. Müller, mientras hojeaba, continuó hablando:

—Hé encontrado, ha mucho tiempo, la etimología de anémoma (*anemone*), de la cual la ranuncula es una variedad. La anémoma ha sido traída de las Indias, no hace ni ciento treinta años, por el Sr. Bachelier, famoso florista francés; los Persas la llaman *laleh gonhi* [tulipa de montaña], lo que pone de manifiesto la ignorancia de los Persas; los Arabes la llaman *schocóik* (flor recortada), lo que no es mucho mas sólido tampoco. Anémoma deriva de una palabra griega que significa viento; anémoma quiere decir yerba del viento, porque no empieza á abrirse sino al soplo del viento, segun dice Plinio, lo que aun no he yo mismo observado. Hesperio sostiene, al contrario, que la anémoma debe su nombre á la facilidad de salir volando sus semillas. Lo que vendria á apoyar esta última hipótesis, es que muchas divinos se hicieron en este sentido; por ejemplo, una anémoma con estas palabras: «La gloria se desheja con el viento.»

En ese instante, el Sr. Müller, al cerrar un libro, hizo ruido, lo que fué causa que Stephen clavara en el acto sus ojos sobre la puerta.

—No tema nada, dijo el Sr. Müller, jamás nadie entra en este gabinete.

Stephen perdió del todo la esperanza de ver parecer á Magdalena, y se resignó á esperar la hora de la comida.

Y el Sr. Müller hojeaba siempre. Su compañero aventuró algunas palabras, su opinion fué refutada.

—Vd. vé como paso mi vida, dijo el Sr. Müller, en mi gabinete y en mi jardín Cultivo mis plautas y hago indagaciones, rebuscas científicas, y no me ocupo ni de placeres ruidosos ni de politica; tambien no tengo ni enemigos ni envidiosos.

Pasáronse así dos horas, dos mortales horas para el pobre enamorado, sin que el Sr. Müller consiguiera encontrar la etimología de *ranunculus*. Genoveva vino dos veces á anunciar á través la puerta del santuario que la comida ya estaba servida. Dos veces se levantó Stephen; dos veces el Sr. Müller contestó: «Ahora mismo», y no se movió. Sin embargo, á la tercera invitacion, que Genoveva halló medio de hacerla urgente anunciando que la sopa estaria fria, el Sr. Müller abrió la puerta, y pasaron al comedor, despues de haberse detenido en la sala, al gran pesar de Stephen, para ver los retratos de Linneo, de Tournefort y de Hoffpenger.

Finalmente sentáronse á la mesa; no habia mas que dos cubiertos. El pobre jóven sintió en el corazón un frio doloroso y no se atrevió á hacer ninguna observacion temiendo traicionar su emocion. Tan solo despues de la sopa, mientras Genoveva mudaba los platos, el Sr. Müller le dijo:

—Sin vd., yo habria hoy comido solo, tristemente; Magdalena partió esta mañana, ha ido á ver á una de sus amigas y no volverá sino tarde.

Stephen dejó caer la cabeza sobre su pecho.

Despues de la comida, los dos comensales bajaron al jardín. Poco despues, Genoveva gritó desde la ventana que la señorita habia vuelto. El Sr. Müller saludó á Stephen sin comprometerlo á que le siguiera, y lo dejó triste y solo en el jardín.

XIII.

Wergiss-Mein-Night.

Une, deux, trois
Je vous le donne en dix.

Sin embargo, aconteció una mañana que Stephen se encontró con Magdalena en el jardín. Ella aparentó no haberlo notado para tomar el tiempo de reponerse.

Desde muchos dias Stephen no podia permanecer en su cuarto; hacia á lo lejos largos paseos y volvia muy tarde. Un dia volvió con la fiebre. Genoveva le dijo al Sr. Müller, quien subió á verlo. Conversaron algun tiempo, y cuando el Sr. Müller se levantó para salir, Stephen tomó en su cabecera un ramo de *wergiss-mein-night* (no me olvides.)

—Dé vd., le ruego, este ramo á la señorita Magdalena; lo he cogido para ella.

Y el Sr. Müller hizo su encargo.

Stephen estuvo dos dias sin poder salir de su cuarto; quiso levantarse para bajar al jardín; sus piernas no pudieron sostenerle, y cayó sobre el piso.

Durante su reclusion hizo proyectos y tomó una resolucion. Esta resolucion era de declarar su amor á Magdalena la primera vez que se le presentara una ocasion favorable.

Es en esta disposicion de espíritu que llegó al jardín, donde halló á Magdalena, como ya lo hemos dicho.

Adelantóse hácia ella, muy firme en su resolucion, y la saludó. Magdalena le devolvió su saludo con una señal de cabeza; despues ambos bajaron los ojos, y pasóse así algun tiempo sin que ni el uno ni el otro quisiese empezar. Sin embargo Stephen alzó los ojos, contempló á Magdalena, cuya hermosura la realzaba un adorno simple y *négligé*, un vestido blanco y largo, y los cabellos en *bandeau* sobre la frente.

Conoció que despues de tan largo silencio no podia empezar la conversacion con: «¿Cómo lo pasa vd.?» Hizo un esfuerzo como un hombre que cierra los ojos para saltar un foso, cuya profundidad lo espanta, y abrió la boca para decir: «Magdalena...» Pero su emocion era tal que la voz no pudo salir de su pecho oprimido. Magdalena entónces tomó la palabra y le dijo:

—Vd. está aun pálido, Sr. Stephen.

Él se inclinó.

—¿Pues ha estado vd. muy enfermo? continuó ella.

—Hé sufrido un poco, dijo él; pero para curarme no se precisa mas que este hermoso sol y...

Quería decir: «Y su aspecto de vd., y sus miradas, mas dulces que el sol, y su voz, que penetra el corazón;» pero se detuvo.

Hubo aun un momento de silencio. Magdalena, que tenia mas roce con el mundo, tomó un tema de conversacion.

—Le agradezco el ramo que vd. me envió. Esos *wergiss-*

mein-night, continuó, son mis flores favoritas; solamente siento que nuestros poetas alemanes no hablen de esta flor sino para jugar friamente con los vocablos; Goethe es el único que ha hecho esta corta descripción:

¡Wergiss-mein-night, pequeña flor azul,
Amante de las aguas solitarias,
Cuanto me place ver y tus hojas livianas,
Y tus pétalos de un azul puro,
Seguir el movimiento de la ola corriente
Que viene, desplegándose, á hacer doblar los juncos
Cuya cintura verde
Rodea la onda de las cañadas!

Y la conversación tomó tal giro que hablaron de los poetas y de sus obras, y que Stephen se dió á sí mismo por excusa de no haber cumplido con su resolución, que valia mucho mas escribir á Magdalena para no causarle demasiada confusión y hacerla sonrojar, y se hizo creer que la ocasión y el tiempo le habian faltado.

(Continuará.)

ANTONIO LENZI.

Meteoro fulgentísimo,
Del alma ser destello,
Como fugaz luciérnaga
Su espíritu brilló;
Y en su semblante pálido,
Con funerario sello;
Su brillantez efímera
Fatídico estampó.

¡Quince años, y ya lóbrega
En su glacial sudario
La noche del sarcófago
Bajó sobre su sien!
¡Quince años! cuando el pórtico
Del terrenal santuario
A nuestros pasos ábrese
De par en par recien.

¡Quince años! cuando fúlgida
La estrella de la vida
En matinal crepúsculo
Y entre ópalo y zafir,
Hacia el cénit encumbras
Deslumbradora henchida
Con las promesas mágicas
De dicha y porvenir!

¡Quince años! cuando el éxtasis
El labio apenas prueba
En su sabroso cálice
Del nectar «ilusión»;
Cuando el amor prismático,
En cada instante lleva,
A la cabeza un vértigo
Y al pecho una fruición!

Murió: como el relámpago
Se vió brillar tan solo
Su intelectual aureola,
Su gracia juvenil:
Murió como los párvulos,
Ageno al mal y al dolor,
Mas no al sagrado estímulo
De la ambición febril.

Ya en vértigos habíase
El ada de la gloria
Hecho entreveer la cúspide
Do asienta su dosel;
Y en una hermosa página
De la patricia historia
Su nombre con espléndida
Corona de laurel.

HERACLIO C. FAJARDO.

JUANITA.

EXPLICACION.

Las mesas girantes han infectado largo tiempo el mundo entero.

Si no nos engañamos hasta entre nosotros tuvo sus apasionados.

¡Cuánto hemos compadecido á los que se entregaban á esta locura!

Los *tabulamánticos* han conseguido hacerlas hablar y hasta escribir, si hemos de dar fé á cuanto se ha publicado al efecto.

Felizmente pronto pasó esa manía, porque sino quien sabe si no las hubiéramos visto comer, beber, y hacer todo cuanto hace un ser viviente.

Unos creían que era el diablo que hablaba y escribía por el intermedio de las mesas.

¡Oh razón! ¡qué te habías hecho?

Otros pensaban que eran encantadores.

¡Oh seso! ¿existías realmente en esas cabezas?

Este era de opinión que las mesas giraban, hablaban y escribían, porque el fluido magnético las obliga, quieran que no quieran.

¡Oh verdad! ¿por qué no saliste de tu pozo?

Aquel había juzgado en su cuadrada mente que las mesas...

¿Para qué tanto discurrir?

A vista y ciencia de todo el mundo declaramos que nunca hemos creído en esas bufonadas, pues que todo en este siglo se ha tornado *charlatanismo*.

Semejante locura debía tener sus escritores, y entre nuestros papeles hallamos la siguiente novelita, *dictada*, son las palabras de su desconocido autor, *por una mesa, en un intervalo de siete dias, en catorce sesiones de media hora; en todo, SIETE HORAS.*

Por cierto que á cualquier *plumista*, por mas fecundo que fuera su cacumen, le habria necesitado *un poquito mas* de tiempo para escribir igual obrita.

Pero dejemos hablar al novelista de nuevo en:

«No ha sido menester la constante imposición de las manos por los mismos individuos; hé sido reemplazado muchas veces, sin que esta circunstancia haya parecido interrumpir la operación.»

«En la producción de *Juanita*, la intención, la elección del tema, el lugar de la escena, el orden del relato, la división de los capítulos, el título, los pormenores geográficos é históricos, los nombres propios y todo, pertenece á la iniciativa del *espíritu*; no se le hizo ninguna cuestión.»

«Me apresuro á declarar que no doy á las *obras literarias del espíritu* mas importancia de la que tienen.»

«Si las publico, no es en prueba del *alcance definitivo* del fenómeno, pero solamente como *prueba irrecusable* de su *existencia*.»

I.

«—No tenga vd. miedo, Señora; la mula es de pié seguro. Espere vd. un poco, voy á guiarla por la rienda.»

Y el mulero saltó diestramente de su cabalgadura, y haciéndola ir adelante, vino á tomar la rienda de la mula en que montaba la temerosa niña. Llovía á cántaros; los viajeros bajaban una cuesta rápida; en el fondo hervía un torrente hinchado por la lluvia; el menor desliz de las mulas los arrojaría en la barranca. La caravana se componía de la niña de que hemos hablado, de su hermano Antonio, hermoso y vigoroso jóven, y de otro mozo, Parisiense como ninguno, guardando en medio del peligro sus guantes amarillos y su sonrisa amable. Dos guías los acompañaban.

Juanita, pálida niña educada en Paris al lado de su tía, volvía junto á sus padres á su castillo de San-Ives, situado en las montañas de la Galicia. La marquesa de Anaña llamaba á su lado á su hija, cuya salud enfermiza necesitaba del aire puro de las montañas. La familia del marqués descendía de aquellos reyes de Asturias que tuvieron á la España estrechada durante muchos siglos. El marqués habia protestado contra los actos del gobierno absoluto de José; su orgullo castellano no habia podido someterse al yugo del extranjero. Una sentencia de destierro habia presto alejado al atrevido Español. Del fondo de su asilo, el marqués alimentaba un odio profundo contra todo lo que llevaba nombre de Francés; esta aversión habia sido una de las causas de la vuelta de Juanita, y no era sino á ruego de su esposa, francesa de origen, que se habia decidido á no quebrar abiertamente con su familia de Paris.

Antonio habia ido á buscar á su hermana en Barcelona, adonde la habia acompañado un amigo de su tía. A su grande extrañeza, la habia encontrado escoltada de un dandy, primo cuarto, quien, protegido por la tía, poseía casi el título de novio. El jóven no habia visto de buen ojo al querido primo, y no estaba sin inquietud sobre la acogida que le esperaba en el castillo.

El viaje se hizo bastante tristemente; la jóven, poco habituada á esas fatigas, asustada de todo, se agarraba á su cabalgadura y despedía gritos á cada movimiento un poco precipitado de la mula; el primo la aseguraba con dulces palabras; en cuanto á Antonio, se recogía en un silencio obstinado. Los guías habian cesado sus canciones: la noche se acercaba, borrascosa y negra.

«—Baje vd., Señora, la tierra es resbaladiza; le ayudaremos á hacer el camino.»

La niña se echó llorando en los brazos de su hermano.
«—¡Qué feo país, Antonio! ¿Qué será de mí en este camino? Estoy segura que este bosque está lleno de salteadores.»

Sentóse sollozando.
«—No es el momento de sentarse, Juanita, dijo Antonio.»

El Parisiense cubrió á su prima con su capa, y ella se apoyó temblando en su brazo.

«—No, no, dijo el mulero, déjese vd. llevar por su hermano; este caballero con guantes amarillos tiene bastante con llevarse á él mismo.»

Llegaron al borde del torrente, el vado era difícil. Antonio hizo pasar á su hermana delante de él, y metió bravamente piernas á su mula. El agua cubria el pecho de la caballería y mojaba los piés de Juanita; poco le faltaba para desmayarse. El Parisiense se arrojó tras de Antonio.

«—Espere vd., caballero; ¿cómo anda vd.! no vaya vd. tan ligero... ¡No sea vd. tan imprudente, sino vd. se ahogará! Tome mas arriba; por aquí es muy hondo.»

¡Ay! no oía; la fuerza de la corriente lo arrastró hácia el pasaje peligroso.

«—¡Me ahogo! gritó.»

La cabalgadura y el ginete habian desaparecido. Un grito de Juanita respondió á su grito. Los guías se echaron en el torrente, y mientras que Antonio deponía en la otra orilla á Juanita moribunda, ellos aparecieron trayendo sobre el agua al Parisiense aturdido de su sambullida. Cuando Juanita recobró sus sentidos estaba en una buena litera escoltada de las gentes del Castillo, que los guías habian ido á buscar. El camino era menos penoso; la lluvia habia cesado de caer, y las luces de los sirvientes desvanecían la obscuridad de la noche.

«—Héte sosegada de tu susto, hermana mia; dentro de un cuarto de hora habrémos llegado, dijo Antonio, dándole en la frente un beso que indicaba sus inquietudes pasadas y el alivio que sentía al ver á su hermana fuera de peligro. Será menester que te acostumbres, Juanita, y que dejes aparte tu delicadeza francesa. Entre nosotros, la vida es llena de conmociones, y Dios sabe si no así-tirás á luchas sangrientas.»

La jóven pasó la mano sobre su frente, hizo un gestito de horror y dijo:

«—¿Dónde está mi primo Alfredo?»

«—¡Ah! ¡así es que contestas á mis avisos! replicó Antonio riendo. Libre está ya del miedo, y nos sigue de cerca. Hablemos seriamente, Juanita; temo mucho la cólera de mi padre á la vista de este Francés.»

«—Pero es el primo de mi madre, dijo Juanita.

«—Escucha, Juana; há mucho tiempo que has dejado nuestro país. No has visto los llantos de rabia de tu anciano padre; no has visto á los Franceses desolando nuestros campos, incendiando nuestras ciudades, y viniendo hasta las puertas de nuestros castillos á insultar el dolor de nuestras familias. Mira, hermana, si no fuese por tí, ya hubiera dado despedida á este ridículo pretendiente, á tu novio; pero está segura que mi padre jamás consentirá en ese casamiento.»

Juanita prestó poca atención al malhumor de su hermano, pues prorrumpió en risa, y dijo:

«—No puedo aguantar, Antonio, no puedo aguantar; pero te apuesto que lo recibirá á brazos abiertos.»

«—¡Dios te oiga, Juana! porque no quisiera de ningún modo

que el día de tu llegada fuese alborotado por escenas de esa naturaleza»

El silencio siguió esta conversacion. La jóven se entregó enteramente á la conmocion que experimentaba al volver á ver presto á sus padres. Paróse la litera; Juanita se arrojó en los brazos de su madre. Pasados los primeros arrebatamientos, tomó por la mano al Parisiense, en quien todavia nadie se habia fijado, y tirándolo hácia su lado le dijo:

«—Acérquese pues, Alfredo, que lo presente á mi padre.»

En seguida se arrimó al anciano y le dijo algunas palabras en voz baja. El marqués se levantó, y presentando la mano al jóven:

«—Sea vd. el bienvenido, le dijo; hace mucho tiempo que lo esperaba.»

El Parisiense, que se habia estado aparte, asegurado por esta benévola acogida, recobró presto sus modales amables y su vivaracha alegría; principió la conversacion, expansiva y alegremente. Juanita iba del padre á la madre, dando á cada uno un beso y haciéndole una caricia. Alfredo, inclinado sobre el sillón de la marquesa, la hablaba íntimamente cuando entró Antonio. Este se paró, sorprendido, á la puerta del salón.

«—Mi hijo, dijo el marqués, que este jóven sea vuestro amigo, vuestro hermano. Es mi huesped, quizá por largo tiempo. ¡Que la vida le sea agradable en San Ives!»

El jóven se inclinó ante la voluntad paterna, y su ojo interrogador se volvió hácia Juanita para preguntarle la llave de este misterio. La maliciosa niña respondió á esta provocacion con una risa sonora como la que tanto admiró á su hermano en el camino.

«—Bien te lo habia dicho, enfurruñado Antonio, le dijo abrazándolo; mas tarde lo sabrás todo.»

La marquesa dió la señal de la retirada; Antonio acompañó á Alfredo en el cuarto que se le habia destinado, y cada cual se retiró á descansar de las fatigas de este día de conmociones.

II.

El cazar de San Ives era una construccion feudal semi-ciudadela, semi-prision, pudiendo, en caso de necesidad, sostener un sitio; sus fosos hondos, sus altas murallas lo defendian de las sorpresas de afuera, y sus vastos almacenes podian preservarlo del hambre. En esos tiempos de guerra, el marqués jamas olvidaba levantar el puente levadizo antes de retirarse al apartamento reservado á la familia; los escaramuzadores franceses vagaban en los bosques, y mas de una vez los habian visto andoreando al rededor de los fosos. Era, en suma, una triste mansion para una jóven, y cuando Juanita se despertó, fué impresionada desagradablemente al aspecto de esas sombrías murallas.

«—Mi cuarto se parece á una cárcel, exclamó al abrir la ventana con barrotes de hierro que domina la campaña.»

La vista se extendia sobre una rica naturaleza resplandeciente del sol de las Españas; á la derecha, el bosque; á la izquierda, el camino que habian seguido el día antes; al horizonte, la azulada sierra de los montes.

«—¡Ah! ¡esto es muy lindo! exclamó Juanita; con todo, prefero Paris.»

Apercibió á Alfredo en el parque y corrió á su encuentro.

«—¡Cuán madrugador es vd. por un Parisiense, conde! dijo ella al acercarse.

«—Hago conocimiento con mi nueva patria, Juanita.

«—¡Cuán bella es la patria! dijo la niña; la guerra, los salteadores, esto es lo que nos ofrece, sin contar los torrentes desbordados.

«—Está vd. alegre hoy, Juanita, replicó Alfredo, quien parecia abandonado á graves preocupaciones.

«—¿Cómo van sus proyectos? dijo Juanita, cuyo rostro tomó súbito un semblante de inquietud. ¿Habló vd. con mi padre?»

«—Hoy le hablaré, Juanita; iré á ver al duque de Los Vega, y esta noche sabré si puedo contar con mis antiguos amigos.»

Andaban por la gran calle alameda del parque, Alfredo entregándose á sus sueños, y especificando á la jóven sus planes y sus esperanzas de buen éxito; esta, suspendida á sus palabras entusiastas, le decia:

«—Sea vd. prudente, conde; lo que vd. emprende es digno del nombre que vd. lleva, pero su ejecucion es difícil, y vd. sabe lo que mi corazón sufrirá á cada una de sus peligrosas excursiones.»

Él apretó con sus labios la mano de la halagüeña niña, y entraron juntos al castillo. Pasáronse muchos días. Alfredo salia todas las mañanas del cazar y no volvia hasta la noche; Antonio trataba en vano de descubrir el fin de esas misteriosas salidas. Una noche, creyó conocer la voz del Francés hablando con un hombre á quien la obscuridad no le permitia ver. Hablaban en español. El jóven se coló detras de ellos; paráronse al limite de la selva, y Antonio oyó distintamente estas palabras:

«—Contamos con vd., amigo; dentro de ocho días, mi padre estará en Santiago, y vd. se reunirá á él.

«—Esté vd. sin temor, conde, dijo el desconocido; mil Españoles acampados en el monte no esperan mas que una palabra de vd.; el enemigo se duerme; los centinelas no saben nada de nuestros movimientos; yo mismo he penetrado hasta los puestos avanzados franceses: creen que vd. es su aliado.

«—Hasta la vista, capitán, replicó el conde; á ocho días la gran partida: morir ó vencer, es la palabra de orden, el santo.»

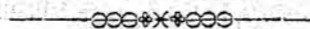
Se separaron. Antonio se acercó á Alfredo; este dió un salto de sorpresa.

«—¡Traicionado! exclamó.

«—No abusaré de su secreto, señor conde, dijo Antonio; aunque vd. no me haya juzgado digno de asociarme en su causa, respetaré sus motivos; pero me parecia que tenia el derecho de conocer un secreto en el que se halla en juego la existencia de mi familia.

«—No he querido asociar á nadie en mis peligros, dijo el conde; su padre cree que he renunciado á mi loca empresa. Yo reservaba á su coraje de vd. el mas bello puesto; en la hora de la accion, me hubiera dirigido á vd. y le habria dicho:—Mi hermano, sígame vd.; vamos á libertar á la España.—Vd. ha adelantado el día de la revolucion. ¡A Dios! vuelva vd. al castillo; vd. me volverá á ver cubierto de gloria, ó sinó la fama le traerá el nombre de aquel á quien ha creído vd. el enemigo de su patria, y que habrá dado su vida por la España.»

Concluirá.



EL LLANTO DE LA AURORA.

I.

La Aurora esplendorosa,
Hija del sol ardiente
Y de la tibia luna,
Que con su dedos de marfil y rosa
Abre al risueño día
Las puertas del Oriente,
De la adversa fortuna
Sufrió tambien la negra tiranía:
Pues la ciega matrona
Que en voltear la rueda se divierte,
Ni el riesgo nos advierte,
Ni á la belleza ni al amor perdona!

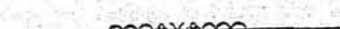
II.

Perseguida la Aurora
Por la diosa inhumana,
De sus hijos lloró la triste muerte;
Y la muerte temprana
De lo que mas se adora,
Con lágrimas de afán siempre se llora!
Lloró tanto la Aurora, que el destino
Conmovido, formó de su divino
Llanto de perlas que á torrentes mana,
El rocío feliz de la mañana

Desde entonces la Aurora
Cada perla que llora,
En una flor preciosa convertida
Al instante la vé—que agradecida,
Del céfiro en el ala,
Le envia el ambar que su seno exala.
¡Breve placer!—mas tarde
El sol que en llamas arde,
Pulveriza las flores en su hoguera
Y corona de abrojos la pradera.
Y vuelve entonces á llorar la Aurora,
Y vuelven á nacer las mismas flores,
Y vuelven á brillar los resplandores
Del ardiente volcan que las devora!

Así la muger llora
La ingratitud del ser á quien adora,
Y las perlas que ruedan á sus plantas
Se transforman despues en otras tantas
Ilusiones de paz y de ternura;
Pero al fin atesora
Una falsa ventura,
Que amor le finge quien traidor le jura.
Y volverá á llorar amargamente,
Y nacerá otra llama mas ardiente
Que el corazón le abraza,
Y sus fibras por siempre despedace.

Laurindo Lapuente.



LA POLONIA.

*Oh Rome! my country! city of the soul
The Niobe of nations!*

BYRON.

La Polonia es una tierra sagrada.

Sus magnanimos hechos antiguos y modernos,—sus desgracias y la invencible constancia en soportarlas hasta el extremo del sacrificio,—su amor á la patria y á la libertad,—su espartano valor en las batallas y el desprecio á la tiranía que la agovia,—hacen de la Polonia una nacion de héroes.

En la historia, talvez sea algo difícil encontrar otro pueblo que despierte tanta admiracion por sus sobrehumanas virtudes como el Polaco.

Ni los Griegos, ni los Romanos, en sus mejores tiempos, nos presentan ejemplos mas bellos.

Desde mediados del siglo XVI, la Polonia ensancha sus confines del Oder al Boristene, de la Besarabia al Báltico, tranquila en el interior, respetada y temida en el exterior, gloriosa por sus armas, próspera por sus leyes, ilustre por sus gefes.

Bien pronto, allá donde se levantaba esta nacion fuerte, el terreno se halló cubierto de sus ruinas; y hácia la mitad del siglo XVII, ya la Polonia nos aparece como una ciudad destruida y caída bajo atentados cometidos á mano salva por los dominadores vecinos, los cuales siempre han pensado, y aun ahora no dejan de pensar, en deshacerla apropiándose sus despojos.

La Rusia, la Suecia y la Sajonia, con ejércitos devastadores, la recorrieron por todos lados.

Las desgracias y el estado de humillacion en que habia caído la patria de los valientes Polacos, alarmó á sus hijos, quienes determinaron transformar el gobierno republicano con rey electivo, en monarquia hereditaria.

Nadie ignora cómo las reformas proyectadas no pudieron realizarse.

De ahí empieza la historia de la coaliccion Prusiana y Rusa; que en muy poco tiempo causó el desmembramiento de la Polonia.

Catalina—la Mesalina del Norte,—ambiciosa y ávida de conquistas, ocupa el trono de Rusia, y estudia la manera de llevar á cabo los dos sueños de Pedro el Grande: la sede del imperio en Constantinopla, y la Polonia subyugada.

Federico, gran militar y fino político, reina en Prusia y apoya las miras moscovitas á condicion de dividir entre ambos la rica presa, por tanto tiempo anhelada.

Declaran ambos potentados oponerse con las armas á las reformas polacas.

Cuando dos pueblos apelan por sus contiendas al azar de las armas, es un duelo público y leal, que afrentan; la victoria decide, y los pactos se hacen con razon de comun acuerdo.

Pero cuando una nacion siente la necesidad de reformarse, de dar vida y vigor á sus propias instituciones, usando de uno de sus mas sagrados derechos: coaligarse para impedir la y protestar al mismo tiempo en su provecho, ¿quién no dirá con nosotros que ese es un abuso de fuerza, cubierto con el velo de una repugnante hipocresía?

Los polacos, indignados, se sublevaron en masa: sus gefes se reunieron en la fortaleza de Barr, y se confederaron.

Entonces empezó aquella larga y valerosa lucha de hombres libres, ó mas bien dicho de héroes, que fueron es verdad aplastados por mayores fuerzas, pero no vencidos,—que legaron en herencia á sus descendientes la eterna memoria de su sublime atrevimiento.

Espectadora de un encuentro supremo que debía decidir si una gran nacion desapareceria ó nó de la faz de la tierra, ¿qué hizo entonces la Europa?

La Inglaterra, favoreciendo á la Rusia, solo pensó en conseguir ventajas comerciales.

La Francia pareció conmovirse, pero no logró hacer real y efectiva la coalizcion proyectada en favor de la Polonia.

El Austria aceptó de buen grado una porcion de aquella nacion.

Fácil nos seria aquí desenvolver con expresiones tocantes las desesperadas proezas de aquel pueblo generoso; pero ¿quién las ignora?

¿A cuál oído no ha sonado el nombre de Kotsziuzko?

¿Cuántos guerreros no lo han emulado despues, toda vez que aquella nacion oprimida—pero no degenerada—entrevió un rayo de esperanza de poder hacer pedazos las triples cadenas, que tienen atadas sus manos y sus piés!

Si quisiéramos hablar de esas varias épocas y enumerarlas una por una con sus hombres y sus nuevos acontecimientos, volveríamos á relatar los mismos esfuerzos, la misma sabiduria en los partidos, la misma invencible constancia de ánimo, el mismo inmutable propósito de sustraerse en cualquier tiempo á la tiranía, y declararse libres.

Y en estos últimos tiempos, con un príncipe joven que subia las gradas del trono de los Czares proclamando la libertad de los siervos de la tierra, cuando este mostraba sentir cuanto le dolia la tacha de barbarie, que los demas gobiernos de Europa le habian impuesto,—todos esperaron bien para la suerta futura de la Polonia, y al principio hasta se creyó que los hechos no desmentirían las esperanzas.

Pero hoy que ha invadido los ánimos de todos la sospecha de que las repentinas concesiones esconden miras feroces de una represion mas atroz,—hoy que la sangre de ciudadanos inermes ha manchado las calles de la heroica Varsovia, y de otras principales ciudades de Polonia,—hoy, ¿qué pueden esperar del consejo del reino y de una municipalidad electiva bajo la amenaza del cañon y del knout?

Nadie lo sabe,

Pero si en el siglo XIX, en que el derecho de las naciones prevalece, se desconoce el derecho de la infeliz Polonia, ¿de quién es la culpa?

¡Dios solo nos lo puede decir!

Mas no desconfiemos, bien pronto la patria de Sobieski y tantos otros hombres ilustres, sabrá contestar echando en cara del tirano que la humilla y oprime, las cadenas que la vinculan.

¡Dios lo permita!

* *

EL LLANTO.

La desgracia es la cátedra de la esperiencia; cada acontecimiento adverso de la vida, una leccion que el hombre predesti-

nado al martirio recibe á cada paso en su tránsito por este mundo.

Y siendo la esperiencia la que nos enseña las cosas tal es cuales son, es decir, desnudas de ilusiones mentidas y de falaces esperanzas de una felicidad que nunca se alcanza sobre la tierra, puesto que nuestra habitacion en ella es un acto de prueba para llegar al pináculo de la verdadera ventura que se halla *mas allá*, es lógico decir que la desgracia es el atributo del hombre.

En efecto, hay en la vida una época en que todo ser racional, cansado de correr

Tras la apariencia vana
Cual l'estia del placer,

Se detiene jadeante y reflexiona.

La dicha que entreviera en lontananza, semejante á la luna que, risueña como la realizacion de un deseo, admiramos en el horizonte en una noche despejada y tranquila, huye de él á medida que se le aproxima al traves de la noche tempestuosa de la vida.

Luego la pérdida de una persona querida á cuya existencia estaba ligada la suya, deja en él un vacío inmenso como la eternidad, obligado á refugiar-se en el desierto de su corazon, tiende la vista hácia el futuro que le trae á la mente sus extravios del pasado, recordándole su condicion y la mision que tiene que cumplir en el destierro que le impusiera su criador.

Solo en estas circunstancias merece el hombre el dictado de tal, es decir, cuando sabe que es, de donde viene, y á donde vá, en una pa'abra, cuando la adversidad, su complemento, le ha enseñado la verdadera imágen de su ser moral.

El hombre es pues eminentemente desventurado, y, accesible á las tribulaciones que el pesar acarrea, sucumbiria talvez si la providencia no lo hubiera dotado de un don, precioso como el consuelo, y que siendo la manifestacion misma del dolor, es á la vez, un manantial fecundo de expansion que encierra en sí el germen de la conformidad.

Ese don magnífico es el llanto; se creeria que el Sér, símbolo de bondad y mansedumbre, á quien la mano sacrilega del hombre bárbara mutilara sin piedad, lo hubiera concedido a la humanidad para enseñarla á tener compasion.

¡Es una emanacion tan digna de un Dios!

¡Ay! de aquel que se viera en el caso de esclamar como el poeta:

¡Oh! dichosos mil veces, sí, dichosos
Los que podeis llorar, y ¡ay! sin ventura
De mí! que entre suspiros angustiosos
Ahogar me siento en infernal tortura.

Entonces, semejante al que devorado de sed desesperante y espantosa, que al llevar á sus labios la copa del néctar soberano que lo reanime y vivifique, siente arrebátarsela por una mano oculta y poderosa, entonces se tuerce como una culebra y ávido busca el llanto que la mano de hierro de la fatalidad le arrebatara.

Cuando la tempestad de los dolores, frágiles nos agovia en medio de la mar del infortunio, el llanto es nuestro puerto de salvacion al cual acudimos con toda la ansiedad del que acosado por una pesadilla, busca el espacio para huir; y llegados á este punto de refugio, las cubes espesas del espíritu se liquidan y caen por nuestros ojos, y aquestas lágrimas que vertemos cuando lloramos, son rios en cuya rápida corriente huyen veloces los pesares que reptiles del vivir, amenazan emponzoñar nuestro corazon.

Al pasar por nuestros párpados dejan solo una huella, fugitiva como la estela de una nave porque las ondas serenas del consuelo solícitas la borran para siempre!

Solo queda el recuerdo, y entonces se apodera del hombre ese bienestar melancólico y sublime que acompaña siempre al cumplimiento del deber de soportar con resignacion las miserias de la vida; y nunca está mas en plena posesion de sí mismo: y, por consiguiente, nunca mas inmediato á Dios.

Nosotros no creemos que haya pesares eternos, mientras exista el llanto, porque el llanto es el limen del reposo como la muerte es el principio de la vida.

L. EZCURRA.

HIMNO SIMBOLICO A LA SOCIEDAD FILANTROPICA

Y Á LA

MAGNIFICA ESCUELA DE NIÑOS SOSTENIDA POR ELLA,

DEDICADO AL

SEÑOR DON LUIS LERENA,

Presidente de la Sociedad.

—
POR FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA.

—
21 DE MARZO DE 1862.

Ya la ESTRELLA FLAMANTE disipa
De las sombras el turbio capuz,
Y la infancia, que en ciega indigencia
Se extraviaba, RECIBE LA LUZ.
La piedad de virtuosos varones,
Bellos niños, os abre un Eden;
De civiles derechos el goce
Os afianza su mano tambien.

Sociedad filantrópica, el Cielo
Te ilumina, TU FUERZA ESTÁ EN DIOS;
Esos niños que educas y amparas,
Te bendicen á unisona voz.

Del AMANTE PELICANO ostentas
EL EMBLEMA, de Cristo la fé,
Y de heróicas virtudes en ellos
El ejemplo patente se vé.
Consagrados al género humano,
Con desvelos, con íntimo ardor,
Sacrificios y amor simbolizan
En sus hechos la CRUZ Y LA FLOR.

Sociedad filantrópica, el Cielo
Te ilumina, TU FUERZA ESTÁ EN DIOS;
Esos niños que educas y amparas,
Te bendicen á unisona voz.

Con sus rayos el DELTA SAGRADO
Ilumina á LOS HIJOS DE HIRAM.

Que la infancia fomentan y animan
Al progreso con celo y afan.
INDULGENCIA Y AMOR PARA TODOS
Es su dogma...; profanos, oid!
En su seno, ni fieras discordias,
Ni de hermanos sacriloga lid.

Sociedad filantrópica, el Cielo
Te ilumina, TU FUERZA ESTÁ EN DIOS;
Esos niños que educas y amparas,
Te bendicen á unisona voz.

PIEDRA Á PIEDRA LABRARON EL TEMPLO:
¿Quién profana su augusto dintel?
Para alzarlo las patrias virtudes
Les sirvieron de ESCUADRA Y NIVEL,
Vuestros votos se eleven por ellos,
Tiernos niños, á la alta Deidad,
Y estrechando de unión la cadena,
Suena el himno de amor é igualdad.

Sociedad filantrópica, el Cielo
Te ilumina... TU FUERZA ESTÁ EN DIOS;
Esos niños que educas y amparas,
Te bendicen á unisona voz.

LABERINTO.

Amor, mujer y casamiento.

PENSAMIENTOS DIVERSOS.

Ainsi qu'on choisit une rose
Dans les guirlandes de Sárans,
Choisissez une vierge éclose
Parmi les lys de vos vallons:
Enivrez-vous de son haleine,
Ecartez ses tresses d'ébène,
Goûtez les fruits de sa beauté.
Vivez, aimez, c'est la sagesse:
Hors le plaisir et la tendresse,
Tout est mensonge et vanité.

DE LAMARTINE.

[Continuacion.]

Si la poesia, la música y la pintura tienen expresiones infinitas, los placeres del amor deben ofrecérsenos en número mayor; porque en las tres artes que nos ayudan á procurar, talvez infructuosamente, la verdad por analogia, el hombre se vé á solas con su imaginacion, en tanto que el amor forma la reunion de dos cuerpos y de dos almas.

—La muger es un instrumento hecho de cuerdas tan sensibles y delicadas, que solamente manos muy hábiles pueden tocarlas; de lo contrario, desafinan y se quiebran sin que hayan producido un solo sonido que agrade.

—El lazo del casamiento es algunas veces tan apretado, que hiere profundamente á aquellos que une.

—Así como no hay en un árbol dos hojas que sean exactamente iguales, así tambien no se encuentra en la vida del hombre dos momentos de placeres semejantes.

—La muger seria siempre feliz, si siempre pudiese é hiciese comprender la grandeza é importancia de su mision.

Pero pequeños caprichos tratan por lo general de destruirla, y le dan una interpretacion muy diversa de la verdadera.

—El casamiento hace del amor un crimen,
Y el amor hace del casamiento una tortura.

¡Qué terrible y cruel alternativa para tantas víctimas inmoladas en el altar del himeneo!

—Hacer nacer un deseo, nutrirlo, desenvolverlo, engrandecerlo, incitarlo y satisfacerlo, es un poema completo.

—La muger casada, la mas casta, puede tambien ser la mas voluptuosa.

—Decir que las faltas de la muger tienen origen casi siempre de su incapacidad intelectual, es proferir un absurdo.

Seria mas cuerdo atribuir las al hombre que, lejos de cultivarle el espíritu, le promueve la veleidad al exceso.

—Entre dos seres susceptibles de amor, la duracion de la pasion está en la razon directa de la resistencia primitiva de la muger.

—Hay hombres tan locos, que han deseado que la muger fuese ciega, muda y sorda.

¡Qué lindo sería el espectáculo dado por una madre meciendo su hijo sin poder verlo, oírle y hablarle!!!...

—Casi todas las mujeres pasan su vida diciéndose muy jóvenes para saber, hasta que llega el dia en que se juzgan ya muy viejas para aprender.

—En el amor, abstraccion hecha del alma, la mujer es una lira que solo confia sus secretos á quien sabe tocarla.

—Poseionarse hábilmente de la diversidad de placeres, desenvolverlos, darles un nuevo estilo, una expresion original, constituye el genio de un marido.

—Entre dos criaturas que no se aman, este genio es el libertinaje, pues es de saber que las caricias que el amor preside nunca son lascivas.

—Así como niugun hombre de instruccion soporta con calma que se le llame estúpido, así tambien toda mujer se ofende cuando la apellidan—fea.

Aquel busca en los libros un garante para su inteligencia.

Esta procura en los adornos otro para su belleza, aun cuando fuera imaginaria.

—El casamiento debe continuamente combatir un monstruo que todo lo devora:

La *costumbre*.

—La mujer es una esclava que conviene saber colocar en un trono.

—El marido nunca debe ser el primero en dormir ni el último en despertar.

—Si hay diferencia entre uno y otro momento de placer, un hombre puede ser siempre feliz con la misma mujer.

—La grosería, bajo forma ninguna, debe convenir á la mujer. Sus palabras y acciones, una vez que no expresan delicadeza, merecen la misma atencion que las del ebrio ó del idiota.

—Una mujer que se aparta de su deber no tiene enemigos mas implacables que las mismas mujeres.

Y son principalmente aquellas que merecen mas censuras sobre su conducta, las primeras que la asaltan.

—El sol y la muger parecen haberse repartido entre si el imperio del mundo.

El uno nos dá el dia.

La otra nos lo embellece.

[Continuad.]

Cosas del mundo.

Hablaban confidencialmente en un café dos amigos intimos:

—Perico, decia el uno de ellos, solo habla pestes de tí.

—Es extraño, contestó el otro, pues no recuerdo haberlo hecho ningun favor.

A Carmen.

AYER.

De la vida en el férvido Oceano
Cargado mi bajel con mis tormentos
Navegaba al capricho de los vientos
Roto el timon en mi temblante mano!
Y ciego de dolor, pobre gusano
En medio de esos mares turbulentos,
Levantaba á los cielos mis acentos
Implorando el auxilio soberano!
La tempestad mugia aterradora
El trueno del dolor ronco estallaba,
Pero te vi y te amé, cayó la aurora
Y el huracan huyendo me cantaba:
«Ahí tienes ese amor, pero te advierto,
No lo manches jamás, ese es tu puerto!»

HOY.

¡Recuerdas? Bajo un cielo de colores
Mi alma en tus labios la dejé dormida,
E impetuoso el torrente de la vida
Corrió desarraigando los dolores!
Y así, como entre el broche de las flores
Húmeda perla con amor se anida,
Yo escondí entre tu boca humedecida
El beso embriagador de los amores!...
Ebrio y feliz, bajo dos l de rosas
Goce entonces una eterna primavera,
Que en medio de mis noches borrascosas
Me cobijaste tú, santa palmera!
Y hoy arrullas feliz en tu alegría
Al hijo de mi amor; tórtola mia!

Juan Cruz Varela.

Valiente amenaza.

La Harpe, cuyas comedias tenian generalmente muy mal éxito, amenazaba á uno de sus enemigos con entregarlo á la vindicta pública en una de sus producciones teatrales.

—¡Ah! caballero, exclamó el otro, ¡tendrá vd. corazon para hacer que me silben!

¡Qué falta hace en Montevideo el tal La Harpe!

El prisionero de Spezzia.

I.

Mientras no brilla espléndida
La libertad divina,
El héroe de Mesina
Alienta en su prision;
Y ante la ilustre víctima
Del pensamiento santo

Tiembla de horror y espanto
La pérvida traicion!

II.

Aspromonte es el Gólgota
Que á la Italia redime,
Y Spezzia es la sublime
Morada de la luz;
El corazon titánico
Que entre sus muros late,
Prefirió en el combate
El triunfo de la cruz!

III.

Del despotismo bárbaro
Ya el trono se desploma;
Ya se levanta en Roma
El templo de la union;
Y el ser supremo, el arbitro
De la paz y la guerra,
Santifica en la tierra
La nueva redencion!

Laurindo Lapuente.

Buenos Aires, Noviembre de 1862.

Por si acaso.

Fatales consecuencias son las que resultan de perder la criatura la memoria, ó aparentar haberla perdido.

Estaba muriéndose una solterona muy vieja; los sobrinos dudaban si se le haria caja negra ó blanca, y uno de ellos la preguntó:

—Tia, ¿se le hace á vd. la caja blanca como soltera, ó tiene vd. algun escrúpulo por el cual sea que debe ser negra?

—Sí, hijo mio: en estos momentos no está mi cabeza para pensar en tiempos pasados; pero por sí ó por nó, que me la pongan negra.

Buena respuesta.

Un hombre muy sucio decia á uno de sus amigos un dia de Carnaval:

—Me gustaria disfrazarme.

—Pónte una camisa limpia, le contestó el otro.

Madre.

La madre es ángel que el hogar calienta,
Con los destellos de su amor sublime;
Nuestro placer su corazon contenta,
Nuestro dolor su corazon oprime.

El suspiro.

El suspiro es el consuelo
Que el corazon afijido
Pide á la bondad del cielo
Cuando en el antro del suelo
Todo lo tiene perdido.

La moda y el álbum.

En los tiempos que el album
Estaba en voga,
Figurar en sus páginas
Era una gloria;
Hoy ese libro,
Lo desdeña el artista
Porque es antiguo.

¿Quieres saber, Arminda,
Cual es la causa,
Que produce el efecto
De esa inconstancia?
Pues voy al punto:
La causa de ese efecto
Es el abuso.

Te aconsejo la práctica
De las virtudes,
Y de ellas te aconsejo
Que nunca abuses:
Si así te portas,
Estarás dulce amiga
Siempre á la moda!

Laurindo Lapuente.

La risa artificial.

Hay una risa que del alma brota,
Como el rayo de luz del firmamento,
Y hay otra risa que en el labio flota
Como la espuma sobre el mar violento.
En una risa la verdad se nota
Se columbra en la otra el fingimiento....
Si rie el labio del que sufre tanto,
Es porque el mundo ni respeta el llanto!

Lapuente.

Lujo.

Funesto para todos es el lujo:
El oro lo fomenta—y á su influjo
Las pasiones se encienden—
¡Y la belleza y el amor se venden!

Lapuente.

Esperanza.

Estrella es la esperanza, sostenida
Por la mano de Dios en el espacio;
Astro del bien, magnífico topacio
Que ostenta el firmamento de la vida.

Lapuente.

Castillos en el viento.

Levanta un pedestal para mañana,
Quien busca en la verdad seguro asiento;
Mas quien se funda en la mentira vana,
Edifica castillos en el viento.

Lapuente.

El reloj.

Nuestro cuerpo es un reloj
Al que nuestra alma dá cuerda;
Nuestra lengua es la campana,
Nuestro corazon la péndula.

Tristezas.

El sol desciende á su ocaso
La noche tiende sus alas,
Y solo, se escucha solo,
El ruido de la campana,
Que triste el eco repite
Murmurando una plegaria,
Invitando á la oracion,
A las personas cristianas.
El ave busca su nido
Saltando de rama en rama,
Lanzando al aire sus quejas
Que el viento lleva en sus alas.
Es triste, en verdad, muy triste
Cuando el sol su luz tan grata
No nos regala, pero es
Mucho mas triste mi alma!
La brisa tierna suspira,
Sollozando en la enramada,
Llorando sus desengaños,
Sus perdidas esperanzas.
Ora pesando á las flores
Con cuyo aroma se embriaga;
Ora mirando su faz
De algun arroyo de plata,
En las aguas cristalinas
Que lentas, y mansas bañan,
A las florcillas silvestres
Que en su ribera se alzan.
Y los ayes de la tórtola,
Que triste gime en las ramas,
Viuda infeliz de las selvas,
Sin amor, sin esperanzas!
Y los suspiros del lago
Que en la yerba aljofaroda,
Susurrando sus amores
Muellemente se dilata
Mas entristecen la tarde
Mas tanta, tristeza tanta,
No es ni un átomo siquiera
De las tristeza de mi alma.

Tomas Giraldez.

Violeta.

Símbolo de la virtud, es la violeta,
Que entre esmeraldas escondida mora,
Mece su cuna el soplo de la aurora,
Riega su tumba el llanto del poeta!

Laurindo Lapuente.

Que digan ellas.

No sabemos quien ha escrito la siguiente cuarteta en una
cagatilla de cigarros.

Nuestras lectoras dirán si es cierta:
En tanto que el amor dura,
Toda locura es fineza;
Luego que el olvido empieza,
Toda fineza es locura.

El Mundo.

Un hospital de locos,
Es este mundo:
De atar, la mayor parte;
De fiar, ninguno.

Laurindo Lapuente.

Apée vd. el tratamiento.

Dicen los de Don postizo
que los demás nada son;
Adán fué Adán y no Don,
y á todo viviente hizo:
luego ese Don no es castizo;
todá sangre es encarnada;
en la Escritura Sagrada
no tuvo Don ningun santo;
solo el Espíritu Santo,
y todos los demas nada.

Tenia razon.

Decia á cierto empresario
de teatros, hombre agudo,
un cantante estrafalarío
que andaba casi desnudo:
—*Es mi voz tan exquisita,*
que hago de ella cuanto quiero.
—Pues, hombre, exclamó el primero,
hágase usted un levita.

Lo de todas.

Un amante se subió
á la copa de un cerezo,
y un gran cordel al pescuezo,
con presteza se ligó.

Su amada que el caso vió,
y el triste fin del balonio,
inspirada del demonio,
por disfrutar de igual suerte,
en vez de dárse la muerte,
fué... y contrajo matrimonio.

Cancion.

(TRADUCCION DE PETRARCA.)

Claro, fresco y apacible arroyo, tú que, en tus aguas puras
y limpias, has recibido la beldad que tanto quiero y amo,—tú,
cuyas dichosas ondas han acariciado sus miembros hermosos y
delicados;

Rama afortunada, que le diste un apoyo (aun lo recuerdo
suspirando);

Tierno verdor, flores nuevas y tiernas, que habeis adornado
sus vestidos, que habeis besado su casto seno;

Aire sereno, aire sagrado para mí;
Mansion hechicera y deliciosa, donde el Amor, donde dos
bellos ojos han herido mi corazon:

Escúchad mi lastimera voz,
Recibid mis últimos acentos.

Si el cielo, si mi sino ordena que mis ojos, ahogados en lá-
grimas, sean cerrados por el Amor, riberas queridas, plegue á
Dios que seais un dia depositarias de mi cuerpo inánime, y que
mi alma, libre de todo lo que tiene de mortal y de sus despojos,
vuelva á su primer morada!

Si yo abrigase esta esperanza en mis últimos momentos, la
muerte me seria menos dolorosa.

Es aquí, es sobre estas riberas que mi alma, cansada, podrá
dejar, con menor pena, con menor trabajo, un cuerpo aniquilado
por los tormentos.

¡Quizas un dia mi hermosa y cruel amante eche una mirada
sobre esas riberas, donde me encontró por primera vez!

¡Quizás tambien se digne irme á buscar!

Mas, ¡oh espectáculo patético y lastimero! no hallará mas
que un poco de polvo escondido bajo una tumba.

Entonces la piedad nacerá en su corazon.

El Amor, que la inspirará,—el Amor, que ha de querer
recompensarme, le hará dar tiernos suspiros; ella levantará hácia
el cielo sus ojos bañados en lágrimas, y su voz lastimosa im-
plorará por mí, y aplacará, y enternecerá quizás la clemencia
divina.

¡Oh delicioso recuerdo!
Ella estaba sentada, una lluvia de flores caía de los árboles
sobre su seno, una nube amorosa la cubria: en medio de tanta
gloria era todavia modesta.

Sobre los faldones de su vestido, y sobre su bella cabellera
rubia, que parecia una mezcla de perlas y oro del mas pure,
revoleteaban las flores.

Otras esmaltaban la tierra á su alrededor.

Otras nadaban á discrecion de las aguas puras y cristalinas
del arroyo.

Otras, en fin, revoleteaban acá y acullá en los aires, y pa-
recian decir:

«*Es aquí que reina el Amor.*»
Lleno de admiracion, cuántas veces no exclamé:
«¡Ah! sin duda, esta beldad ha nacido en el cielo.»

Su porte divino,
Su postura,
Su talento,
Sus gracias,
Sus discursos,
Su dulce sonrisa,

Todo en ella me habia quitado la memoria, y me impedia
distinguir la verdad.

Yo decia suspirando:
«¿Cuándo, cómo he sido trasportado á estos lugares?»
Yo creia estar en los cielos, y no donde estaba.

Desde ese momento, no hallo en esta pradera que me enean-
tó, sino las dulzuras de la paz.

Versos míos, si vuestras expresiones correspondiesen á los
sentimientos de mi corazon, si tradujesen toda su fuerza, podríais
abandonar estos bosques, estos montes, y mostráros en el mun-
do con orgullo.

Máximas.

Vale mas, segun Curio Dentato, mandar á los que tienen
dinero, que tenerlo.

—La miseria es la decadencia, la destruccion y la muerte
del cuerpo social.

—Debe evitarse hacer por las leyes lo que puede hacerse
por las costumbres.

—¿A quién corresponde la direccion de la sociedad?
A los mejores entre los iguales, ha dicho un gran filósofo.

—La odiosidad que pesa sobre el verdugo, es la mas elo-
cuente condenacion de los suplicios.

—Ambicionar es grandeza, y envidiar es bajaza.

—Los hombres de alma ruin que aciertan á ser esclavos, son
los mas propensos á tiranizar.

—El hombre honrado no necesita códigos.
Lleva las verdaderas leyes escritas en el corazon.

—El egoísta afan que todos tenemos de ser ricos, nos hace á
todos pobres.

—La peor de las pobreza, es la pobreza del ingenio.

—Las grandes y verdaderas pasiones elevan al hombre hasta
el heroísmo é imprimen en el corazon huellas que jamás se
borran.

—La pobreza no es una virtud.
Pero sí lo es, el saberla sobrellevar con nobleza.

Gran mejora.

No trepidamos ante ningun esfuerzo para corresponder cada
dia mas y mas á la proteccion del público.

Desde el próximo número, que empieza el segundo trimes-
tre de esta Revista, aumentaremos cada entrega con ocho pági-
nas mas.

El precio de suscripcion no se alterará, á pesar de esta gran
mejora que pensamos introducir.

Nos parece que eso será bastante significativo de que no
ahorraremos trabajo por complacer á nuestros favorecedores, pues
así les podremos dar mas materiales.

Hasta el próximo año, lector.

Invencion del papel.

Como todo el mundo sabe, los antiguos escribian en láminas
de papyrú, planta de Egipto.

El papel de seda se fabrica desde muy antiguo en China, de
donde pasó su uso á la Persia en 652 y á la Meca hácia el año
706, segun el abate Andrés.

El papel de algodón se ha creído generalmente que fué in-
ventado por los árabes, pero los árabes aprendieron su fabrica-
cion en la Bucaria, que conquistaron en 704.

No se ha podido averiguar cuando se inventó el papel de
hilo, pero se sabe que estaba inventado en 1075.

Como merecía.

Luis XI convidaba frecuentemente á comer, no solamente á

les grandes de la corte, sino tambien á mercaderes.

Entre estos se contaba *Maitre-Jean*, que, enorgullecido por esta distincion, pidió cartas de nobleza.

El rey se las concedió; pero el dia que se presentó en su corte y quiso volver á comer con él, le dijo:

«—Andad, señor noble; antes, cuando erais el primero de vuestra clase, os debía distinguir; pero desde que sois el último, no os debo ningun miramiento.»

El Rey Roberto.

Este rey de Francia era tan caritativo que se dejaba robar.

Los ladrones le seguían por eso hasta el interior de su palacio

Un dia que uno le habia cortado un galon de oro y se disponia á quitarle otro, el Rey le detuvo diciendo:

«—Lo que habeis tomado debe bastaros; dejad lo demás para si lo necesita alguno de vuestros camaradas.»

Origen del periodismo.

El periodismo data en China de tiempo inmemorial.

Todos los dias se imprime de órden superior un periódico que equivale á nuestra *Nacion* [órgano oficial].

En Europa se cita á Venecia como la primera ciudad en que se haya establecido este uso.

Esto sucedió al principio del siglo XVII, y el periódico veneciano se llamó *Gazzetta*, del nombre de la moneda que se pagaba por cada número.

El médico Teofrasto Renandot obtuvo en 1632 un privilegio para publicar en Francia un periódico de noticias, que se llamó la *Gazette de France*.

Sublime ocurrencia.

Cuando Neron vió concluido su soberbio palacio:

«—Comienzo, dijo, á estar alojado como hombre.»

Leccion digna.

Habiendo mandado Caracalla al jurisconsulto Papiniano que hiciese una apología por la muerte de Geta, le respondió con vigor:

«—Un fratricidio no se justifica tan fácilmente como se comete; y seria segundo fratricidio el infamar á un inocente despues de haberle quitado la vida.»

Tómese ejemplo.

Son notables las siguientes palabras contra el lujo, dichas por Juliano á un barbero de los de palacio, viéndole entrar con un soberbio vestido:

«—Yo llamo á un barbero, y no á un senador.»

El album.

¡Cuántos pensamientos, lanzados al soplo helado de la indiferencia, encierra el libro de misterios de una bella!

Y, sin embargo, todos ellos revelan el culto y adoracion de los que desean penetrar la densa nube que vela su corazon para deparar con la página privilegiada, donde se coloque el recuerdo de todos los instantes!...

Sí, porque con la única excepcion de una, las demas son como hojas secas que ajita el soplo de la tormenta!

Y, feliz todavia, si cual auréola brillante, su mirada de cielo suspende por un momento su rápido curso y se detiene una vez á contemplarla!

¡Ojalá que esa mirada de cielo, contemplando á veces esta hoja:

—Recuerde que al pasar un dia
La saludé con cariñosa voz,
Que ella se vuelva á la patria mia,
Y aunque de lejos dígame un adios.

Montevideo, Junio 15 de 1851.

L. M. C.

Dato curiosísimo.

Segun leemos en la *Revista farmacéutica italiana*, parece que entre las obras y Memorias presentadas á la Academia de medicina de Turin, se halla copia de un documento inédito, perteneciente á los archivos de Florencia, del cual resulta que el gran poeta, el Dante, perteneció á la clase médica y farmacéutica.

Al anunciar el espresado periódico este descubrimiento, se complace en que un hombre de tanta celebridad haya salido de una de las clases á que pertenecen sus redactores.

Gran teatro.

Se cuentan maravillas del que con el título de Circo Imperial, y para la representacion de dramas militares, se está concluyendo en Paris.

El palco escénico será el mas vasto que se ha visto hasta ahora, y está dispuesto de modo que puedan conseguirse toda clase de efectos desconocidos y no tenga límites la ilusion del público.

Detras del palco escénico hay un patio con un puente que podrá prolongar los efectos de perspectiva de una manera portentosa.

Solo falta que se presente un maquinista de genio para que el arte de la decoracion haga una revolucion completa.

La ventilacion exige un gasto de cincuenta mil francos anuales; pero en cambio cada espectador disfrutará de treinta metros cúbicos de aire por hora, y se habrá resuelto el importante problema de tener los teatros llenos en el rigor del verano.

¿De quién era el perro?

En Lyon estaban disputándose dos hombres la propiedad de un perro, y sometieron su demanda al Tribunal.

En la dificultad de resolver con acierto la cuestion, el Tribunal, teniendo en cuenta la reputacion de inteligencia de que con razon muchas veces gozan los perros, decidió que se sentáran en la sala del Tribunal los dos litigantes, y que luego se introdujese el perro para ver á cuál de los dos que se decian ser sus dueños, iria con preferencia á hacer halagos, y adquirir de esta suerte una prueba moral de quién era el verdadero dueño.

Así se hizo; introdujose al perro en la sala del Tribunal, y el primero á quien se dirijió el animal á hacer halagos, fué al presidente del Tribunal.

